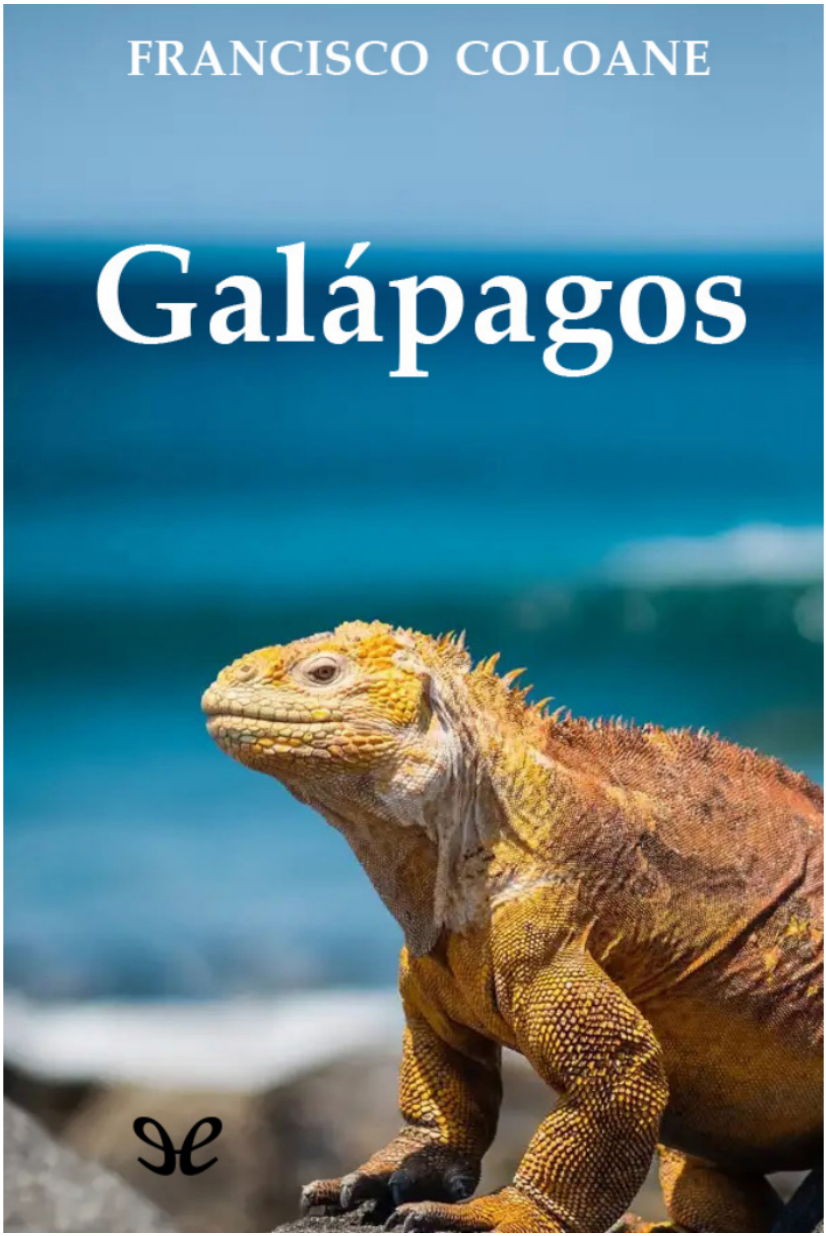
FRANCISCO COLOANE

Galápagos



Este libro es una crónica del viaje hecho por el autor a las islas Galápagos durante siete días en 1981, donde describe con su estilo particular la geografía y las características especiales de este lugar tan legendario. Narrado en primera persona y dividido en cuatro partes, la narración hace referencia constante a las experiencias de Darwin y otros investigadores que consideraron a las islas como un paraíso natural de relevante importancia para la humanidad.

Francisco Coloane

Galápagos

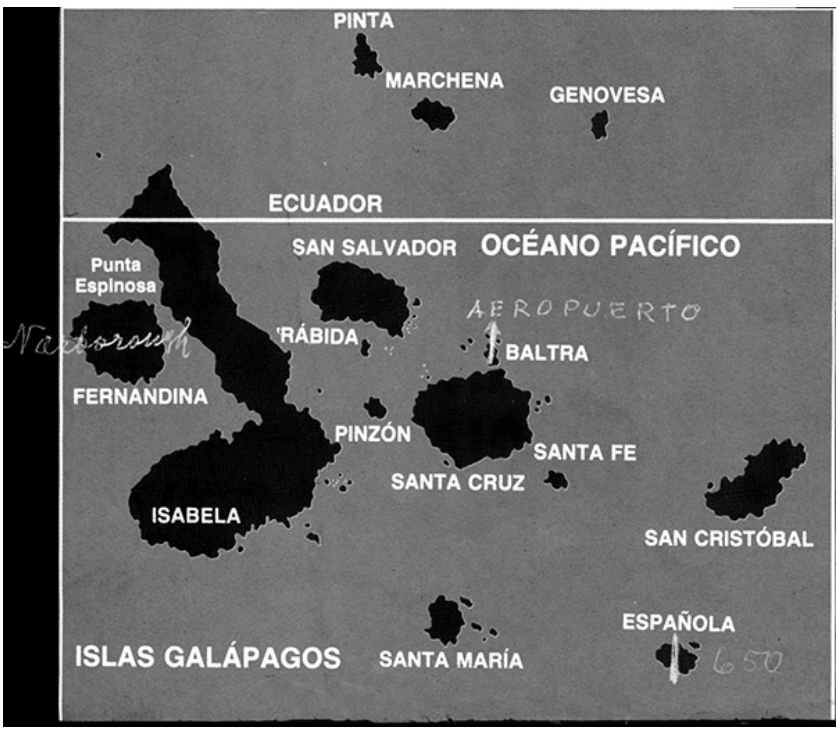
ePub r1.0
Titivillus 16.05.2024

Título original: *Galápagos*
Francisco Coloane, 2010
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Mapa


PINTA
MARCHENA
GENOVESA
ECUADOR
SAN SALVADOR
OCÉANO PACÍFICO
Punta
Espinosa
AEROPUERTO
'RÁBIDA
BALTRA
FERNANDINA
PINZÓN
SANTA FE
SANTA CRUZ
ISABELA
SAN CRISTÓBAL
ESPAÑOLA
ISLAS GALÁPAGOS
SANTA MARÍA
650

Introducción

El progreso amenazante

Apenas diviso con mis ojos cansados las imágenes en la televisión, de iguanas, focas pequeñas, pingüinos y pelícanos moviendo sus cuerpos como si nunca les pudiera suceder lo que nosotros los «humanos» encontramos terrible: la muerte. A las Galápagos que conocí por los años 80, les puede ocurrir lo mismo.

Mientras termino de escribir «Naufragios y Rescates en las costas del sur de Chile», me resulta —¿irónico?, ¿triste?— recibir esta noticia de un naufragio que remece a las autoridades, porque lo que se escurre de los puentes de las barandas y las escotillas no son los asustados pasajeros, sino que es ese material que nunca debió haberse acercado a esas costas. Porque como en la Patagonia, cuando llega hace desaparecer a todo ser viviente que no sea el humano con su cultura depredadora, cincelando un mundo con pocas especies.

Las Galápagos han estado por siglos desprovistas del hálito humano. Su tierra empobrecida en su apariencia no fue avistada por la codicia humana. El valor de esas islas apenas causó el furor de un inglés que en su tiempo y por muchos años apareció desubicado y profanador. Son muchos los detractores de Darwin. Y hay muchos que quisieran que en aras del «avance», las Galápagos pudieran dejar de existir, porque no serían importantes para el progreso. Son remotas e inasibles, donde no hay oro para bodas imperiales, ni uranio para derribar templos en el oriente, ni diamantes para poder prolongar guerras.

Mas ahora llegó el petróleo como invitado desorientado. ¿Qué

hacía ese barco con esa masa de aceite corrosivo y letal a tan corta distancia de la isla San Cristóbal, una de las más privilegiadas por su extensión y calidades del terreno?

No encontrarán jamás al culpable sentado en su escritorio de un empinado altillo de algunas de esas ciudades donde las catástrofes son muy aisladas.

Año 2000

1. Imperio Incaico

«Sin embargo, antes de subir para atalayar las Encantadas, por derecho propio, esta torre marina reclama la más viva atención. Resulta visible a una distancia de treinta millas y, como es partícipe del hechizo general que se apodera del archipiélago, cuando se la descubre por primera vez, desde lejos, se la confunde invariablemente con una vela. A cuatro leguas en un mediodía brumoso y dorado, parece el navío de un almirante español, que ostenta reluciente velamen: ¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista!, se grita desde los tres mástiles. Pero, si uno se acerca, la fragata encantada se transforma inmediatamente en una escarpada mole.»

Herman Melville,
«Las Encantadas»

«Viendo todas las colinas coronadas por sus cráteres, y perfectamente marcados todavía los límites de cada corriente de lava, hay motivo para creer que en una época geológicamente reciente se extendía el Océano donde se encuentran ellas hoy. Así pues, tanto en el tiempo como en el espacio nos encontramos frente a frente del gran fenómeno, del misterio de los misterios: la primera aparición de nuevos seres sobre la tierra».

Charles Darwin,
«El viaje del Beagle», P.443,

Ed. Labor, S.A. Barcelona. 1983.

Posiblemente esta nota de los relatos del viaje del gran escritor de «Moby Dick» Herman Melville me hayan hechizado, cual una descripción de nuestro Caleuche, que también se apodera del archipiélago donde nací, Chiloé, cuando la misma corriente de Humboldt que baña a las islas encantadas de las Galápagos, produce semejantes espejismos entre cielo, tierra y mar.

A veces es una vela negra que se levanta escorada desde las rocas redondas del Morro Lobos, donde retozan lobos marinos atisbando las profundidades donde pasan los cardúmenes de grandes róbalos o se esconden en sus combadas cuevas de cuarzo, congrios negros o rosados de hasta doce y más kilogramos.

Todo esto y mucho más fue lo que me llevó a embarcarme en el «Bucanero» al caer la tarde de un día miércoles de 1981.

En el Puerto Nuevo de Guayaquil estaba cargando por la popa el «Iguana» de proa más alterosa que el nuestro de 14 metros de manga y 7,70 de puntal. Si la proa del «Bucanero» parecían las mandíbulas de una ballena azul, por la pintura del casco por fuera y la blancura de sus amuras por dentro, la del «Iguana» semejaba la de un iguanodonte por los obreros picasales colgados en andamios descascarando la vieja pintura negruzca para repintarlo con azarcón rojo. Así mismo encontraríamos después tomando el sol la iguana gigante de las Galápagos que los sabios en ciencias naturales denominan «Conolophus subcristatus». Tal vez un vestigio de su gigantesco antepasado pintado de sepia oscura por el lomo, tirando a rojizo en el vientre y marfileñas las garras, la papada del cuello y las poderosas mandíbulas dentadas.

Las Galápagos surgieron de la oscuridad abisal oceánica para florecer en cráteres sobre el mar donde se creó la vida de un pequeño pero maravilloso nuevo mundo…

A bordo del «Bucanero» hay una paz verdadera, y siento el recuerdo del bienestar del buen turismo científico, organizado y urbanizado, luego pienso en mi propio padre cuyos trabajos lo acercaron a las loberías y anduvo en chalupas balleneras, y yo, ahora, con libros que son míos, pero no míos, quiero escribir una parte del viaje a la que ellos me ayudarán con su belleza y

excelencia.

He borroneado diversos papeles, y para dar comienzo a un texto que estoy creando en mi imaginación creo que hay que pensar en el nombre, y aquí me detengo; «misterio de las Galápagos», «los misterios del archipiélago…» «travesías y travesuras»…, todo suena vago que no cala hondo en mi sentir, en lo que quiero expresar. Y sigo en mis borroneos y comienzos.

Tengo varias hojas que pueden servir para un comienzo:

El sol ecuatoriano se asomó a los escobenes del carguero Iguana que a través de las grandes grúas chirriantes, como madres pariendo depositaban racimos de plátanos…

No me gusta porque si quiero escribir algo entretenido el comienzo es importante…

Debiera haber un volcán llamado «Bucanero», sin embargo parece que a estos los *Boucannier* no acostumbraban ahumar carne en sus humos, mas en los tiempos de Sandokan solían detenerse entre peñones para el reparto de sus fechorías.

Voy a repasar algunas frases que me gustan: Esta Arca de Noé en medio del Pacífico por sus deslumbrantes historias logró que la UNESCO declarara a las Galápagos Patrimonio de la Humanidad.

Sigo pensando en títulos y creo que afirmarme en travesías y travesuras me da pie para iniciar este viaje que se postergó tanto tiempo y quiero que su cuento no pierda la frescura que debe tener.

Fotografía del autor

Un miércoles de noviembre de casi hace veinte años esperaba mi embarque en el muelle Seis de Guayaquil. Viajaría en la motonave de turismo Bucanero, para una travesía a las islas encantadas de Melville, hoy día Archipiélago de Colón, designación que le diera el Gobierno de Ecuador el 12 de Octubre de 1892, fecha recordatoria de la llegada de las carabelas de Colón hacía cuatrocientos años.

«Como en una leyenda le parecerá a usted que navega en el vientre de una ballena por la corriente de Humboldt» me dijo con cierta malicia José Solís Castro al despedirme en el muelle. Este amigo escritor y abogado ecuatoriano, así como la señora Nelly de Jaramillo, consiguieron que costeara mi viaje al Archipiélago, no obstante no se había hecho la reserva oportunamente.

Sin embargo, deseo agregar a la frase del escritor Solís el porqué de este viaje tantos años postergado. A comienzos de la década del 70 conocí a una joven pareja de ecuatorianos: María Luisa, bella danzarina y Santiago Ribadeneira su compañero, poeta y periodista

que trabajaba en una revista de Santiago. Nos hicimos bastante amigos y conviví con ellos días y semanas en mi casa de la costa, en los meses cálidos. Después debieron regresar a Ecuador por razones políticas y nuestra amistad se interrumpe a partir del mes de septiembre de 1973, debido al golpe de estado en mi país. Y aquí viene una acotación a la frase de mi amigo Solís que me dice que mi viaje a Galápagos será una leyenda…

Y así lo he sentido ya que la invitación al Congreso de Escritores y Cantautores de la Casa de la Cultura del Guayas, de noviembre de 1981, fue invitación de mi amigo Ribadeneira, ya que se reunirían intelectuales de varios países de América para buscar la recuperación de las democracias, y trabajar por el desarrollo de las libertades y de los lazos culturales especialmente de la chilena tan azotada por la dictadura.

Ellos conocían muy bien, casi mi obsesión por conocer esas «islas encantadas».

Al borde de este viaje de sueño creo que fue tal mi inmersión en él que no aquilaté en esos momentos el arduo trabajo, calidad y trascendencia que representaba esa intelectualidad latinoamericana convocada al encuentro de la Casa de la Cultura.

Sé que mis ponencias y aportes en los distintos foros y encuentros fueron muy bien acogidos y dados a conocer por la prensa; hechos que no dudo pudieron ayudar a que yo alcanzara «ese algo» tan misterioso en mi intimidad. ¿Y podría decir yo, tímidamente, no sería esa una delicada respuesta de mis amigos ecuatorianos? No obstante, creo que mi visita al archipiélago pasó a ser el motivo central del encuentro con Ecuador, país que visitaba por primera vez.

Siempre tengo compañeros de viaje y son mis libros. Mi equipaje principal lo constituían «Galápagos a la Vista» de Bolívar Naveda, muy subrayado a través de cerca de treinta años de lectura y aventuras cuya realidad estaba por iniciarse. «Viaje alrededor del Mundo» de Charles Darwin cuyos estudios desde los veinticinco años comenzaron a entregar los valiosos aportes al conocimiento del hombre y luego sus observaciones de cinco semanas en las islas Galápagos fueron clave para que esa inteligencia integradora lo llevara a exponer sus concepciones revolucionarias sobre el origen del hombre. Este texto me ha sostenido en mis andanzas por China,

India y Mozambique, además mi inseparable Melville por sus «Encantadas». Inseparables los tres por su vitalidad y porque he sentido en ellos su materialidad indispensable. Más tarde integré el libro de Paulette Rendón, «Galápagos, las últimas islas encantadas».

De tiempos aún no precisados, se sabía que a occidente de las columnas de Hércules, (Estrecho de Gibraltar) existían tierras desconocidas donde se suponían ubicaciones y hasta nombres de extrañas regiones. Se conoce de algunos navegantes escandinavos que incursionaron muy lejos de sus fronteras, sin embargo se ignoraron datos o noticias sobre sus búsquedas.

No eran las indias lo que se ubicaba hacia el Oeste sino algo desconocido, un continente nuevo. Se sabía sí que varios navegantes del norte habían llegado a algunas tierras que podrían ser de «América».

Hay algunos datos que por el año 1000 o un poco después cuentan que chinos y japoneses pudieron haber llegado a esta costa occidental, mas no hay antecedentes que puedan atestiguar que pasaron o conocieron esta región.

Sí, de lo que no hay duda es que hubo muchos navegantes en navíos que no dejaron rastros, se desviaron de la ruta que estaba en su imaginación o anhelo y no lograron el encuentro con esas tierras por la carencia de datos o planos que les dieran ciertas señalizaciones.

Pasan años, y comienza a conocerse de embarcaciones que pusieron proa hacia las Galápagos que perseguían distintos propósitos, algunas se vieron obligadas a regresar a su puerto de partida después de largo peregrinaje por el extenso mar y de haberlas buscado días y semanas sin haberlas encontrado.

La insuficiente precisión de los instrumentos náuticos para medir las distancias y además la facilidad con que los marinos perdían las rutas, inspiró a los navegantes y exploradores españoles a llamarlas con el sugerente nombre de Islas Encantadas.

Algunos relatos de tripulantes de veleros y pailebotes que pusieron rumbo a las Galápagos para regresar después de penosos viajes al continente con escalofriante noticia de la desaparición de las islas hacen pensar que no cabe duda o se supone que se desviaron de la ruta y de ese modo la nave o las naves pasaron por un costado del archipiélago a muchas millas de distancia.

Así Tupac Yupanqui, el Inca a bordo de una rústica balsa, había navegado bien adentro del mar Pacífico unas islas que llamó «Haguachumbi» y «Ninachumbi», siendo ellas justamente Las Galápagos, cuyo nombre oficial es el de Archipiélago de Colón como ya se dijo.

El Inca Tupac, a su llegada al lugar que se buscaba fue recibido por un gran fenómeno que podría haber sido una erupción volcánica lo que él contaría a su regreso a casa como haber visto una montaña de fuego en medio del mar. La isla que denominó Ninachumbi podría ser Isabela, y la que llamó Haguachumbi, posiblemente San Cristóbal. Los Tupac eran los sucesores legítimos de los Incas cuyo imperio nace en la región del Cuzco, probablemente a mediados del siglo XIV. El Inca Roca, es uno de los que descienden del primer soberano Manco Capac a quien se le distingue por su capacidad de buen administrador y tenacidad en el trabajo; posteriormente vienen Pachacutec organizador del Tiahuantisuyo y Tupac Yupanqui que extendió el imperio incásico hacia el sur, hasta las cercanías araucanas y por el norte hasta el golfo de Guayaquil. Razón o hecho histórico que avala su conocimiento sobre las Galápagos y su incursión mar adentro.

No obstante tener una brillante civilización con comunidades organizadas a cargo de funcionarios responsables, que asignaban tierras a sus habitantes para que las trabajaran y obtener su subsistencia, el imperio tuvo serias confrontaciones con otras tribus que lo habrían llevado a su destrucción. En todo caso, se sabe que mantenían una administración y orden de seguridad y estrictez para su pueblo. Cada grupo tenía que saber producir para sí, el granero y también aportar al estado en caso de necesidad —a veces— por lucha con otras tribus, ya que todas sus energías se tenían que volcar contra los atacantes.

La artesanía fue uno de los grandes logros alcanzando niveles notables para la exportación en primer lugar de calzas, vestuario y joyería. Es tan notable ver piezas originales de estos trabajos que se exhiben en algunos museos de Perú o Ecuador. Es universalmente conocido que la vida intelectual y tecnológica de los Incas fue fruto del conocimiento profundo de su medio social que conocieron profundamente. No obstante, los innumerables estudios de los sabios no han podido intuir algo en esos cerebros que les permitió

tener «comunicación de larga distancia». Por ello no cabe duda que ellos conocieron antes que otros la existencia de las «encantadas islas».

La información o leyenda del encuentro de Yupanqui con las islas se interrumpe hasta el arribo del obispo español Tomás de Berlanga, domínico que según se ha establecido habría llegado el 10 de marzo de 1535 a *San Cristóbal* donde se pudo aprovisionar de agua. Había salido de Panamá en dirección al Perú, empero el viento no lo acompañó y las corrientes marinas lo arrastraron, como se ha esclarecido, hasta una de las islas. La búsqueda del agua dulce obligó a los cuasi náufragos a recorrer el paraje donde habían atracado, después que el domínico dijera una misa en medio de la arenisca implorando al cielo para encontrar el elemento vital y poder sobrevivir. Por último encontraron una quebrada de agua, hartándose de ella y llenando vasijas en la pequeña embarcación. La esperanza volvía a sus cuerpos, según Berlanga, y podían continuar su expedición que los llevaría al continente.

Desde esos años se suceden llegadas de distintos personajes a territorios incásicos cuyo dominio iba desde lo que hoy conocemos como Ecuador, Perú, parte de Bolivia y norte de Chile. El redescubrimiento y colonización de América que iniciara Cristóbal Colón en 1492 abrió las puertas de este mundo que no era nuevo, a muchos navegantes que obedecían a distintos intereses. El archipiélago de Galápagos se incorpora a la lista de lugares que escogen españoles que han sentado reales en las costas del Perú y Ecuador; por otra parte arriban también piratas y corsarios, entre ellos algunos ingleses que buscaban lugares estratégicos para su pillaje y saqueo de modo de atacar a las naves españolas de donde extraían sus mejores botines, productos y valores.

También se acostumbra a hablar de «bucaneros», sin embargo, el escritor Clark Russel, en «Vida de William Dampier» que a veces se le confundió con ese término, cuenta bien el origen de la palabra. A mediados del siglo XVII la isla Santo Domingo o Española, estaba infestada e invadida por una comunidad de unos seres casi «salvajes». Hombres feroces insolentes, en su mayoría colonos franceses marginales. Su vestuario, modesto, pero sucio y mal oliente porque estaba lleno de manchas de sangre y grasa de los animales que sacrificaban. Ese era su trabajo. En todo caso,

aprovechaban todo el cuero crudo que les servía para hacer sus zapatos, así como la piel del cerdo para fabricar sus botas. La carne, tan apetecida, se salaba en un lugar que estaba preparado para el procedimiento y se llamaba «boucans», de origen francés que quiere decir precisamente «lugar donde se ahuma y se prepara cecinas de ganado recién sacrificado». Según su etimología derivaría del caribe del término «bucuacui», del que provendría «bucaniers» o «bucaneers». Todo este trabajo les servía para el tráfico de la carne que les daba buenos ingresos. Su alimentación la hacían a base del tuétano de los huesos de las bestias porque allí estaba el vigor que necesitaban para su trabajo. De todos modos su vida estaba muy ligada a malos hábitos y desagradables costumbres.

Russel distingue muy bien y hace una separación de estos bucaniers con los piratas y corsarios que robaban buques de cualquier nación, en cualquier mar. Según el autor citado, el bucanier comenzó su trabajo sucio solo en los barcos y posesiones de España en América. Posteriormente sus procedimientos se ampliaron a otras zonas, y a menudo no se hacía ninguna distinción entre unos y otros.

El Arzobispo de Lima, Fray Jerónimo de Loaisa, que gozaba del carácter de Inquisidor, recibió a fines de 1564 a un residente español acusado de poseer poderes para conjuros y encantamientos. Entre éstos se menciona la hechura de ciertos anillos que tenían caracteres incógnitos y le servían para distintos usos; sin embargo lo más grave para el Santo Oficio fue el hallazgo de un cuadernillo ajado escrito por el dicho español que preguntado por el Arzobispo de cómo se llamaba y de dónde era respondió con firmeza que era Pedro Sarmiento de Gamboa, natural de Alcalá de Henares, cuyos progenitores tenían por nombre: Bartolomé su padre y María de Gamboa su madre.

Sometido a proceso, largo y prolongado, fue condenado a oír misa en acto de penitente, es decir desnudo el cuerpo y con un velón encendido en la mano, en la iglesia mayor de Lima. Además en la celda de reclusión debía ayunar los miércoles y viernes, penas que se agregaban por ser considerado levemente sospechoso. Por otra parte podía ser desterrado a España si así se disponía. Interesante fue su apelación a Roma la que cambió su destierro por el confinamiento que cumplió en parte en el Cuzco, gran aporte

para sus inquietudes históricas y arqueológicas. En mayo de 1565 hizo la abjuración y oyó la misa que se le había ordenado. Poco después obtuvo del Arzobispo que se le alzase la reclusión y se le conmutase el destierro.

El conocimiento de todos estos episodios quedaría en su famosa obra «Historia de los Incas». En 1567 Sarmiento se había hecho de un buen nombre en Perú lo que le permitió acercarse por sus conocimientos y capacidades al ambiente de la corte; pero su gran mérito, además, fue el de darles a saber quienes fueron y eran estos hombres cuyas tierras ellos pisaban.

Él se interiorizó de tal modo de los ambientes en que hacía sus indagaciones que supo a cabalidad que los incas peruanos habían sido navegantes y conocido las islas Galápagos, a dos de las cuales se las reconocía con nombres muy sugerentes.

Dicha convicción de Sarmiento le permitió ofrecer sus servicios al gobernador Álvaro de Mendaña, consistentes en montar una expedición marítima para reconocer esas tierras de las que se hablaba y seguramente encontrar otras que enriquecerían a la Corona.

Como buen marino y al mismo tiempo escritor, Sarmiento logró la aceptación de su propuesta y así el Gobernador lo encomendó hacerse cargo del viaje expedicionario e ir al reencuentro de las islas. Él tomaría el mando de la nave capitana y la derrota de acuerdo a las instrucciones particulares; sin embargo otros miembros de responsabilidades mayores de la expedición, por problemas de relaciones defectuosas, marginaron a Sarmiento, utilizando sus servicios cada vez que tenían alguna dificultad y eran incapaces de resolverlas. No obstante todos los avatares del viaje lograron percatarse de algunas islas; entre ellas las reconocidas por la tripulación de Yupanqui las que como ya se dijo fueron llamadas *Haguachumbi* y *Ninachumbi*.

Las indicaciones de Sarmiento para permanecer explorando algunas de las islas mayores no tuvieron una buena recepción porque la tripulación sólo quería regresar a Lima. Además por las desavenencias manifiestas que había no se siguió el rumbo por él señalado lo que los alejó de su lugar de partida, situación que desagradó a Sarmiento, y quiso dirigirse a España para dar cuenta del suceso. No logró su propósito porque se encontraba en Perú el

nuevo virrey Francisco de Toledo a quien decidió dar cuenta de los hechos de este viaje explorador.

Sarmiento de Gamboa, como cronista de Indias, dice en su relación al virrey en 1580:

«Navegó Topa Inga y fue y descubrió las islas *Haguachumbi* y *Ninachumbi* y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijada de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un inga principal, que hoy vive y dio esta relación, y al ratificarse los demás se halló presente y llámase Urco Guaranga. Hago instancia en esto, porque a los que supieran algo de Indias les parecerá un caso extraño y dificultoso de creer. Tardó en este viaje Topa Inga Yupanqui más de nueve meses, otros dicen un año, y como tardaba tanto tiempo, todos le tenían por muerto…»

Poco después, Sarmiento quiso de todos modos volver a España, sin embargo es la época en que el descubrimiento del Estrecho de Magallanes da comienzo a una nueva piratería que se hace presente en las costas de América.

Pirata o corsario, un inglés con la distinción de Sir, Richard Hawkins, por el 1593 descubrió que el archipiélago era el mejor escondite tanto para su descanso como para el ocultamiento de los pillajes que hacía con su tripulación. Ya se había conocido la carta o mapa de las islas que hiciera Abraham Ortelius que titulara Teatro *del* mundo *de la* tierra. Este teatro del mundo y muy en especial la América, comienza a ser abordado por variados personajes, entre ellos alguno que otro hombre de ciencia.

Conocidas estas invasiones a esas islas que atraían por su encantamiento, y a otras tierras, Sarmiento de Gamboa recibió la orden del virrey para que persiguiera al corsario Drake cuyas acciones se dejaban sentir desde el Estrecho de Magallanes hacia el norte.

A comienzos de 1579 aparecía en pleno puerto del Callao, la famosa nave de Drake, la *Golden Hind* que él comandaba. Hecho inaudito ya que suponíase que había atravesado el Estrecho de Magallanes cuya exploración y tránsito se guardaban reservadamente y que por otra parte venía en actitudes de guerra y pillaje, al mismo reino en esos lugares. Habida consideración de las

noticias e interés expresado por Sarmiento respecto del Estrecho, quedó de manifiesto la necesidad de fortificar y poblar sus riberas. Así el virrey Francisco de Toledo dispuso una expedición a cargo de Sarmiento para su persecución, la que regresó a los pocos días porque no contaban con los elementos necesarios para luchar contra el pirata. Una segunda expedición, mejor equipada, tampoco logró evitar el saqueo de la riqueza del Perú que los galeones españoles llevaban en sus bodegas.

Otras expediciones que se atrevieron, aunque varias fracasadas, convirtieron al Estrecho descubierto el 1º de noviembre de 1520 por Hernando de Magallanes, casi en un símbolo de valor estratégico ya que avalaba el paso entre dos océanos. Magallanes lo llamó «De todos los Santos» en homenaje a la fe que profesaba la Corona. Años después se le dio el nombre que merecía como descubridor: Estrecho de Magallanes.

No se vislumbraron otras posibilidades u objetivos, y el tema quedó silenciado, reviviéndose el asunto con nuevas incursiones corsarias por las costas de América hispana, después de casi sesenta años del viaje de Hernando de Magallanes.

El tema, aparentemente olvidado, reaparece por un hecho insólito que es otro viaje del corsario Drake quien realiza su verdadera hazaña en diecisiete días batiendo un record muy difícil de superar incluso por navegantes de siglos después.

Estaba perfectamente clara la advertencia y recomendación de Sarmiento que se «debía fortificar y poblar las riberas del Estrecho», para lo cual se dispuso una expedición que salió desde el puerto del Callao con dos navíos hacia el extremo sur a fin de cumplir con las exigencias de la región. Pedro Sarmiento de Gamboa encabezaría la navegación en calidad de capitán de la expedición y a cargo del mando del primer navío.

El Virrey de Toledo comprometido con el consejo de Sarmiento para enviar una armada al Estrecho escogió los navíos que cumplirían dicha navegación, en tanto el marino español se encargaría de reclutar pilotos y tripulantes, armar y abastecer las naves. Los preparativos listos para el inicio del cometido, el virrey llamó a todos los participantes de la expedición a Palacio y les hizo entrega solemne de la Real Seña o Pendón que sería la insignia del viaje, al tiempo que le entregaba a Sarmiento sus Instrucciones.

Esta misión de carácter geográfico y de reconocimiento, incorporaba también una especie de Orden que daba al jefe de la expedición el cometido de «prender, matar o desbaratar a todo riesgo» la osadía de Drake.

La exploración de la misión encabezada por Sarmiento hacia el Estrecho fue completa y provechosa no obstante las dificultades que debió soportar por causa de los inconvenientes que le creaba el capitán de la otra nave. A pesar de ello, Sarmiento llegó a la desembocadura del Estrecho y donde dio fondo, llamó al puerto Nuestra Señora de la Candelaria.

Este viaje de varios meses de navegación, está señalado en la historia como memorable y un buen día en que la nave Nuestra Señora de la Esperanza da fondo en una plácida bahía Santa Ana, el 6 de febrero de 1580, Pedro Sarmiento de Gamboa saltó a tierra y enarbolando una cruz alta, frente a todos se arrodilló y con devoción pidió que se cantara el «Te Deum Laudamus» y todos dieron gracias a Dios. De pie, y echando mano a su espada dijo en alta voz, «en presencia de vosotros, en nombre de la Sacra, Católica, Real majestad del Rey don Felipe, nuestro señor Rey de Castilla y sus anexos toma posesión de aquella tierra para siempre jamás». Luego de la misa se deposita copia de un Acta bajo un túmulo de piedras en que se deja constancia de la Posesión del Estrecho.

Pedro Sarmiento de Gamboa prosiguió sus exploraciones hasta llegar a la última Angostura, a la vista del Océano Atlántico. Aún no se descubría el Cabo de Hornos (1616) y ese sería el motivo para que varios geógrafos hablaran de un continente fabuloso que se extendía hasta el polo mismo.

El viaje que iniciara Sarmiento de Gamboa de grandes expectativas e ilusiones en su primer viaje al Estrecho ha quedado en la historia como un ejemplo memorable del navegante, explorador, cartógrafo, cronista y poeta. Entre sus calidades de cartógrafo señalan los historiadores que en pleno océano improvisó un instrumento para medir distancias, considerado el precursor de los sextantes modernos.

Sin embargo la empresa exploradora que encerraba su anhelo de colonización para rendirle tributos al rey, sirvió en este primer viaje solo para un buen reconocimiento y reafirmación de la soberanía española del Estrecho. De todos modos, Sarmiento de Gamboa

reafirmó su interés en que para asegurar la posesión del estrecho se debía fortificar y crear un poblado. Además él ya había localizado un lugar casi idílico cerca de un río que llamó Posesión y donde había escuchado el trinar de pájaros en medio de un bosque.

De este regreso a España logra convencer a Felipe II y así se organiza el Segundo Viaje al Estrecho, misión que llega el 11 de febrero de 1584. Esta expedición se inició con varios contratiempos para Pedro Sarmiento. Uno de ellos es su frustración y desazón que siente porque el rey no lo envía como «General de la Armada» y en su lugar lo designa Capitán General del Estrecho de Magallanes y Gobernador de lo que en él se poblare.

La expedición llegó a su término a pesar de que parece que todo se había confabulado contra su propósito. Las tempestades y vendavales contribuyeron en gran medida a desmantelar las embarcaciones, perdiéndose parte de la tripulación y gran parte de sus abastos lo que agravaba aún más la situación entre los capitanes y subordinados.

Desembarcados en el sitio estudiado funda allí una ciudad que llamó «Ciudad del Rey don Felipe». Allí se levantó la iglesia, señalándose los lugares para el poblado, así como aquel donde se *arboró un rollo* que así se llamaba el patíbulo para hacer justicia. Este es el inicio de las tremendas dificultades que terminarían con su temprana y desmedida ilusión.

La falta absoluta de bienes esenciales, alimentación, ropas para el crudo invierno que se avecindaba, la falta de ayuda y de respuesta a su situación crearon un amotinamiento entre los hombres que se disponían regresar a «Chile». Todos los que incitaron a la revuelta fueron exterminados. Sin embargo, la expedición atravesaba momentos muy críticos difíciles de superar. Pero en un momento Pedro Sarmiento consideró que la situación se había normalizado y decidió agarrar su barco para dirigirse a dar cuenta de los sucesos a S.M. con el urgente deber de obtener los recursos que se requerían con apremio para mantener a las pocas decenas de hombres que allí permanecerían. Con gran sentimiento y abrumado por lo que sentía al no despedirse de la gente que dejaba atrás, sobreviene un nuevo temporal que deja completamente maltrecha su embarcación perdiendo una parte considerable de sus provisiones.

El viaje de regreso fue de gran crueldad y cuando en 1585, Sarmiento totalmente decepcionado ya, a bordo de su nave, su único pensamiento está en la gente que ha quedado en la «Ciudad de San Felipe». Mientras va angustiado en su «María» es sorprendido por una escuadrilla inglesa que recorre los lugares, apresa su nave y por supuesto a su capitán y tripulación torturándolos cruelmente para que den a conocer donde esconden las riquezas que se consideraban cuantiosas.

Tras de su captura, es entregado en Inglaterra a la corte de su Majestad la Reina Isabel, con quien crea una buena relación por su caballerosidad y sapiencia. Así fue liberado rápidamente de su infortunio. Se cuenta que dicha conversación fue grata porque tanto la reina como Pedro Sarmiento se expresaron en latín, lengua que había enseñado en el Cuzco, luego de su procesamiento.

Si bien los viajes de Sarmiento tuvieron el claro objetivo de seguir tras las correrías del pirata Drake, su conocimiento y paso por Galápagos fue un hecho reconocido en cartas que enviaría posteriormente a su encuentro con las islas. Una de ellas fechada en 1567, de la cual hemos insertado un pequeño trozo, estuvieron traspapeladas por algún tiempo, dándose a conocer muchísimos años después. Iban dirigidas al virrey del Cuzco. En ellas le daba cuenta de sus servicios y el éxito del viaje de reconocimiento del archipiélago que fue bautizado por los marinos españoles como Islas Encantadas. Se supone que este nombre se dio por la dificultad de encontrarlas lo que hizo hasta dudar de su existencia.

Estas líneas son extractos de la carta al gobernador del Perú enviada por Pedro Sarmiento de Gamboa:

«Supe de muchas tierras incógnitas hasta mí no descubiertas en el Mar del Sur, por donde muchos habían procurado arrojarse y nunca atreverse. Y lastimándome de que tan gran cosa como allí se perdiese por falta de determinación, di dello noticia el año de sesenta y siete al licenciado de Castro, gobernador que a la sazón era deste reino del Pirú, ofresciéndome a descubrir muchas islas en el Mar del Sur, si favorescía para ello».

«Y el licenciado de Castro me lo tuvo en servicio en nombre de Vuestra Majestad y prometió de favorecer este negocio conforme a la comisión que para ello de Vuestra Majestad tenía. E yo lo acepté y así quedó el negocio contratado, y puesto que a mi se me ofresció

la empresa y total gobierno de la armada yo insistí se encomendase a Alvaro de Mendaña, sobrino del licenciado Castro, por obligalle a que favoresciese con más calor el negocio. E yo tomé de mi cargo el trabajo e industria del descubrimiento, y navegación, con título de capitán de Vuestra Majestad de la nao capitana en mar e tierra, y con particular instrucción de que en la navegación no se mudase ni tomase derrota si no fuese consultada conmigo. Y aunque a los principios se hizo así, por sus fines Mendaña y el piloto mayor procuraron obscurecer mis servicios. Y así por esto no quisieron tomar la primera tierra que yo descubrí, que son las islas llamadas *Haguachumbi* y *Ninachumbi* donde fue Topainga Yupangui, como en la historia de los Ingas del Perú verá Vuestra Majestad».

La carta del flamenco Ortelius confirma oficialmente su real presencia y desde allí empiezan a llamarse Galápagos, nombre muy bien concedido por las numerosas y enormes tortugas que merodeaban en las islas. Abraham Ortelius, Ortels u Oertel es un flamenco del siglo XVI, eminente cartógrafo y comerciante en mapas y otras ramas. Él fue quien dio a conocer dicho archipiélago en su *Theatrum Orbis Terrarum* (1570); *Epitome del Fin del Mundo*. Incluso él advirtió seis de las islas que llamó *Mascarin, Tabaco, Diablo, Salud, San Bernardo y Santiago*. Ortel u Ortelius fue geógrafo de Felipe II con nombramiento real en 1575. Una de sus obras más destacadas es *Synonimia Geographica* de 1573 y reeditada con el nombre de *Thesaurus Geographicus* en 1796.

Con sus antecedentes se reafirmó la existencia de este extrañamente curioso archipiélago dejando de ser *Las Encantadas* de Herman Melville y *El Misterio de los Misterios* como las llamara Charles Darwin. Pero no cabe duda que estos nombres seguirán invitando a develar o profundizar lo que todavía ellas guardan.

Sin embargo, su dudosa y cuestionada realidad comienza a conocerse ampliamente con la llegada de nuevos piratas y corsarios y uno que otro científico o investigador que merodean por entre tantas islas buscando lugares para un solaz en medio de sus travesías y travesuras. Son los siglos XVII y XVIII, siglos en que el orbe pareciera llenarse de hechos que sacuden al hombre y a los hombres en busca de otros y mejores horizontes. Así es como variados tipos y clases de personajes recorren las costas occidentales de América del

Sur.

Entre los personajes ingleses, un tal Cavendish y Drake, como ya lo hemos dicho, persiguen a los galeones españoles, en la búsqueda de sus valores.

Edward Davis, corsario inglés, en 1684 da su propia visión sobre el misterio de estas islas: «A comienzos del mes de junio, vimos una isla a nuestro estribor la cual hacía de tierras altas y bajas, siendo una isla que muy probablemente tenga agua, ya que estaba bien provista de bosque, pero por razón de la fuerte corriente que corría allí, no pudimos llegar a ella. Esa isla la denominé Isla Rey Carlos II, y según mi juicio yacía en la latitud de uno latitud Sur y treinta minutos longitud doscientos y setenta y ocho grados y cincuenta minutos. Inmóviles hacia el occidente vi varias islas, sin embargo esa fue la que más me complació, y vine a anclar bajo una buena bahía que tenía siete brazas de agua, teniendo hacia el sur de esta isla un buen puerto para albergar muchos barcos… bajamos un bote a la orilla, pero no encontramos agua allí, si encontramos tortugas terrestres muy grandes y tortugas marinas muy buenas y grandes y suculentas, y una clase de aves llamadas flamingo, las cuales nuestros hombres las trajeron a bordo, las aves pequeñas no estando poseídas de temor, se posaban en las cabezas y brazos de nuestros hombres y luego volaban».

Sabios y otros señores, siempre en busca de sus intereses y también vagos, encuentran el ambiente propicio para sus ambiciones desmedidas. Después de tantos visitantes las islas comienzan a tener nombres y fue Cowley, otro pirata inglés el que las denomina con nombres ingleses.

Hoy el archipiélago de las Galápagos, es Archipiélago de Colón, denominación oficial dada por el gobierno del Ecuador el 12 de octubre de 1892, al cumplirse los cuatrocientos años de la llegada de los españoles a este continente. Este hecho dio pie para que se rebautizaran las islas con nombres españoles. No obstante es curioso que varias de ellas se sigan llamando con la designación inglesa preferida posiblemente por turistas. Es el caso de la Chatham, hoy San Cristóbal, patrono de los navegantes. Narborough, en memoria de un almirante de ese nombre ahora denominada Fernandina, o Hood llamada Española. Estas son las que parecerían renuentes a modificar sus nombres.

Más allá de la aventura o incursiones científicas, su historia está plagada de un acontecer tan notable como interesante. Nacidas de sucesivas explosiones volcánicas, lo que se puso en duda, arguyéndose versiones dudosas y hasta con base de leyendas, se hizo necesario e imprescindible efectuar una serie de estudios geológicos y oceanográficos para dar prueba de su aparición o nacimiento. Estas investigaciones demostraron que se habían formado por la acumulación de materiales eruptivos, cuya evidencia dejó en claro que nunca estuvieron unidas al continente. En un comienzo las erupciones fueron submarinas y más tarde se efectuaron encima del nivel del mar. Las pruebas determinantes se deben a que su composición es de lava basáltica, distinta a la masa continental constituida de materiales andesíticos.

El volcanismo es el fenómeno geológico más presente y que está a flor de tierra. Todavía brota en la memoria de todo ecuatoriano la terrible erupción de 1825 que se considera una de las más violentas sucedidas en el archipiélago. Aún esas islas permanecían deshabitadas, y solo reconocidas por algunos investigadores y aventureros.

Otro fenómeno muy notorio es la desarmonía en la flora y fauna endémicas respecto a las especies continentales. Pero además, entre una isla y otra las diferencias son evidentes en plantas como el cactus que en algunas tiene espinas, así como los colores brillantes de algunas hojas y en otras islas muy verdes u opacas. Lo mismo sucede con aves y animales.

Y me entusiasmo de nuevo con Darwin y con el pinzón que lleva su nombre, cuyo estudio yendo de isla en isla, le hizo al sabio naturalista distinguir diferencias entre unos y otros; mas, al mismo tiempo constatar que mantenían una herencia común, que hoy los científicos llaman a ese fenómeno «radiación adaptada».

Con ese ojo y cerebro poderoso, este joven de 26 años, mientras contempla esos pequeños pinzones entre los riscos de las distintas islas, ya ha sembrado uno de los conceptos básicos que entregarán a las ciencias y al hombre una nueva dimensión del mundo: el origen de las especies.

No se puede marginar de entre los primeros habitantes del archipiélago a Guillermo Dampier. Reconocido como explorador, se inició siendo un bucanero, que junto a otros abordó países en

trabajos de piratería, recorriendo tierras de Terranova, después las Indias orientales y, las costas sudamericanas por el Pacífico. Fue un fino observador de la naturaleza y en algunos aspectos se le considera pionero en la exploración científica. En su libro *Un nuevo viaje alrededor del mundo* conocido en 1697, está la más temprana descripción de un europeo sobre el tifón, cuya voz en inglés «typhoon» se siente como en su origen chino.

El archipiélago lo recorrió y reconoció a través de su peregrinar de varias islas las que describió en su libro con notas acerca de su flora y fauna, escritos que enriquecía con apreciaciones sobre el medio natural que expresaban muy bien sus dotes de científico que llevaba en sí un espíritu indagatorio.

Debo agregar que Dampier es un pequeño archipiélago compuesto de islotes que se ubica en la costa noroeste de Australia. El oficial naval francés Louis Claude Freycinet, cartógrafo por excelencia fue quien lo nominó en su memoria por haberlo descubierto en 1699. El oficial Freycinet en su viaje exploratorio por las costas australianas se había percatado del descubrimiento hecho por Dampier.

Sin embargo, hay un hecho novedoso que comparte con otro corsario inglés: Woodes Rogers. Fue el rescate de Alexander Selkirk, marino y corsario que pidió ser dejado en el primer sitio donde el barco pudiera atracar. Seriamente peleado con el capitán, manifestó su soberbia con esta exigencia de querer y poder soportar la soledad. Su desembarco en tierra fue con su equipaje de un baúl con sus útiles personales, además de un hacha, un fusil, un caldero, tabaco y una Biblia; bártulos indispensables de un marino que había participado en varias odiseas corsarias.

En el Archipiélago de Juan Fernández, comuna de la provincia de Valparaíso, Chile, en una de sus islas quedó abandonado Selkirk. Hoy día su capital lleva el nombre de Robinson Crusoe, heterónimo de Selkirk, cuya bella y dramática odisea inspiró a Daniel Defoe para su historia de ese nombre. Robinson Crusoe, hoy día, símbolo de soledad en cualquier lugar del Orbe. Dicho episodio sucedió en 1704 en un mes de setiembre. Es interesante agregar como nota curiosa que Daniel Defoe, escritor y publicista inglés, de ideas libertarias, alcanzó su mayor celebridad con esta novela, después de sufrir varios períodos de prisión.

Cuatro años vivió en ese desamparo el corsario hasta que Dampier y Rogers, este último patrocinado por comerciantes de Bristol, que habían sido despojados de sus barcos, comandaron una expedición alrededor del mundo para terminar con esos corsarios. Así se logró el rescate de Alejandro Selkirk en 1709.

Posteriormente Rogers fue designado gobernador de las Bahamas, sitio donde se amparaban más de 2 mil piratas. En una ardua lucha contra ellos logró la huida de muchos y así puso orden en su trabajo de representante del reino. Hay que agregar que Woodes Rogers fue un buen letrado como se puede apreciar por la descripción que hace del solitario navegante Selkirk: «Estaba vestido con pieles de cabra, y parecía más salvaje que los propietarios originales de esas pieles. Su tan absoluto aislamiento lo hizo casi olvidar su idioma».

El conjunto de islas constituye un rosal de volcanes diseminados entre los dos hemisferios, tal cual la constelación de Orión en la comba celeste.

Amigos ecuatorianos me habían contado que el inca que llegó a las islas de las grandes tortugas las encontró saliendo de la corriente de Humboldt, historia que la oí repetir varias veces, especialmente en boca del escritor José Solis cuando hacíamos intentos de pesca de ostrones y corales blancos en la costa de Manabí. Y podría decir que ese fue el instante que motivó mi viaje a las «islas de los misterios» donde apareció la sombra de la nueva vida. Allí en Manabí pude observar la maravillosa membrana protectora de la iguana marina que parece que viera retrospectivamente sus antepasados ictiosaurios y dinosaurios.

Se cuenta que a la llegada del Inca habría visto una masa de fuego y que debe haber sido una erupción volcánica por lo que aludía a una isla Del Fuego. Hoy día es la Fernandina. ¿Pero en qué fecha erupcionó la *Fernandina* o *Narborough*? No hay indicios. Solo datos del episodio de 1825 cuya localización no es precisa y la del 5 de abril de 1984 en que la prensa de Quito menciona que el único volcán de esa isla había entrado en erupción, sintiéndose además algunas explosiones.

El explorador y biólogo estadounidense William Beebe, coautor de la batiesfera, hizo varias expediciones y descensos en los mares tropicales. Con Otis Barton otro colega como él en su entusiasmo,

descendieron en Bermuda a 923 metros. Cuenta Beebe que en su buque Arcturus a fines del siglo XIX vio un río de lava dividido en cinco o más brazos ardientes que se precipitaban sobre un acantilado de 30 metros de altura, cual gigantesco octópodo escarlata rotando sus brazos tal cual Siva la divinidad india. Según él las fuerzas de la naturaleza entraban en acciones combinadas a intervalos irregulares. Su impresión fue de un observador poeta cuando dice: «El juego de aguas de fuego entre coletazos de meteoros o cometas se vio intervenido por otro río que surgió en la vecindad, y, entonces vimos grandes olas de lava viva que iban a estrellarse con las de lava "muerta"».

La vida y la muerte dentro del corazón de un pulpo escarlata. Debe haber sido un hecho fantasmal para la pequeña balsa incaica a pesar que estaban acostumbrados a las danzas de las sacerdotisas «hijas del sol». No quedó ningún registro de lo que ellos reconocieron salvo los dos nombres para identificar dos de ellas.

El Imperio Incásico, que es el que nos incumbe directamente —como dice Naveda— se establecía desde el «Ecuador, Perú, Oeste de Bolivia, Noroeste de Argentina y Norte de Chile. Su organización correspondía a un sistema teocrático absoluto cuyo jefe supremo era el Inca. Politeístas en sus credos, adoraban las fuerzas de la naturaleza y sus astros, sin embargo reconocían un dios creador en Viracocha». Habían alcanzado un buen desarrollo en varias disciplinas. Poseían un ejército bien equipado y con adiestramiento; una espléndida red de canales de riego, templos y palacios, de los que se conservan valiosos vestigios. Desarrollaron una sólida industria en tejidos, alfarería y en metales de oro y plata que extraían de sus minas, productos que se comercializaban por la amplia región que dominaban.

Entre las tribus que habitaron la costa ecuatoriana están los Huancavilcas, los Mantas y los Esmeraldas. Destacan por sus habilidades de pesca así como por la de ser hábiles marinos, explorando por días la llanura oceánica, por lo que se presume que en estos largos viajes transitaron más de una vez los parajes de las grandes tortugas.

Según nuestro historiador don José Toribio Medina, uno de los grupos de aborígenes de Chile venidos desde el norte —Cobijas— hasta el río Bío Bío por el sur, no obstante que las investigaciones

arqueológicas de ellos es escasa, si se conocen bastante bien sus descendientes. Hay certeza de que vivían de la pesca y de la caza, siendo sencillamente recolectores de esos productos. Ellos reemplazaron la balsa de totora, de los vecinos del norte por una de cueros de lobos marinos inflados.

En el reino de lo imaginario nosotros nos permitimos acotar semejanzas: ¿Por qué no podrían ser de elefantes marinos? (*El Mirounga Leonina*). Muy corriente en la región Antártica y que he visto aparecer en las inmediaciones del muelle Barón de Valparaíso un verano de 1987. Se le calculó cuatro metros de largo y una tonelada de peso, un inmenso animal no fácil de encontrar en las cercanías de la costa de esa ciudad. Se hicieron varios intentos para que el animal, asustado por la afluencia de público al lugar, volviera a su ruta de la corriente de Humboldt, echándolo al mar. No supimos de su destino, a lo mejor se dirigió a Oceanía para regresar de nuevo a la Antártica. Algunos estudiosos han dicho que los cobijas hablaban araucano, pero es más correcto suponer que hayan adoptado esta lengua en una época relativamente moderna. No hay duda que nuevas investigaciones descubrirán los restos de su propio idioma en la toponimia, apoyada en la geografía de los lugares donde crecieron.

¿Y por qué no en esa aurora humana de los aborígenes de nuestra Sudamérica, con la sombra de la «Conquista Española», las balsas infladas de cueros de lobos, leones y leoninas no podían ser arrastradas por la corriente de Humboldt que avanza a un promedio de cinco horas y media por día desde la boca occidental del Estrecho de Magallanes hasta las Islas Galápagos?

Como es costumbre, los investigadores no siempre están de acuerdo. Algunos no creen en la posibilidad de que el Inca Tupac hubiese llegado a las islas y observado la erupción volcánica, a la que llamó Montaña de Fuego, porque las balsas serían de dudosa contextura. Otros como Bartolomé Ruiz de Estrada, asegura haber sido el primero en ver las balsas y las describe provistas de velas cuadradas. Dichas velas navegantes con figura cuadrangular están envergadas a un mástil y escotas para manejarlas con presteza según su resistencia al «centro bélico del viento». Así lo expresa Ruiz de Estrada participante en una de las expediciones de Francisco Pizarro, aproximándose desde Colombia hasta Ecuador

donde se encontró con estas extrañas balsas cargadas con oro.

2. Antes de las Islas

Me despedí del chofer de la camioneta, un gigantón de unos setenta años, espigado como un mástil y su rostro imitaba el guante de un boxeador. Me dejó junto a dos bitas de amarre y partió en su vehículo polvoriento bajo un cielo caliginoso por donde el disco solar entraba y salía como una deidad de las que se han encontrado forjadas en oro en las famosas tolas del oriente ecuatoriano, túmulos de los indios caras. Tengo una reproducción pequeñísima de la «máscara de oro del sol» que me fue obsequiada durante el Congreso y que decora la puerta de entrada de mi casa.

Para muchos, entre los que me cuento, Darwin es el científico más notable del siglo XIX no solo por su viaje de permanente estudio alrededor del mundo a los 25 años, sino porque hizo uno de los extraordinarios aportes al conocimiento del hombre cuyas observaciones, con especial atención y detención de cinco semanas en las Galápagos fueron la clave para que esa inteligencia integradora lo llevaran a exponer sus concepciones revolucionarias sobre el origen de las especies y del hombre. La sociedad inglesa no estaba muy preparada para recibir de buenas a primera las investigaciones del sabio y en la Sociedad Científica de Londres se produjeron violentas discusiones.

Empero, Huxley, un sabio erudito de la biología y antropólogo con un profundo conocimiento de los trabajos de Darwin y en especial con el estudio sobre el Origen del Hombre, hizo su defensa y escribió un tratado *Evidence as to man's place in nature*. Allí quedó de manifiesto que la «afinidad anatómica del hombre con el mono antropomorfo es mayor que la existente entre éste y las demás familias de monos».

Pocos días antes de viajar a Ecuador, estuve unas semanas en

Londres, y más que nada en el «Museo del Hombre» donde admiré las estatuas de Darwin y Huxley como protectores o guardianes del saber; porque allí además se encontraba de paso la «piedra traída de la luna» facilitada por la NASA para su exhibición.

Celebro la ilustre y prolífica familia Huxley por sus aportes a la cultura, más mis preferencias están con el autor de *Contrapunto y Música en la Noche* de Aldous Leonardo, y estando a punto de embarcarme en este *Bucanero* de casco azul y superestructura blanca, que parece más un cetáceo que un barco que llevará en sus entrañas una humanidad turística desde los cuatro puntos cardinales, yo me permito citar un trozo de *Música en la noche* que me acompaña en este viaje junto a otros libros. «¿A dónde van pues esos presurosos condenados bajando por el —caminito rojo— como nos decían nuestras nodrizas para estimularnos a comer las repugnantes viandas de la niñez? Adelante por el caminito rojo hasta llegar al infierno de las tripas. Adentro, en una palabra, dentro de un extraño y espantoso universo que el espíritu del Greco parece haber habitado más y más exclusivamente a medida que envejecía. Pues desde las pinturas posteriores a *El Sueño de Felipe II*, donde hay una asociación maravillosa con la ballena, cada personaje es un Jonás. Sí, cada uno de sus personajes. De lo cual se deduce que el *Sueño de Felipe II* es imperfectamente profético, un símbolo mutilado. Si el Greco hubiese querido decir toda la verdad respecto a su futura carrera, habría juntado a los bienaventurados con los réprobos o por lo menos, habría creado para sus santos y ángeles otro monstruo particular, una singular ballena volante que abriera hacia abajo la tarasca en medio de las nubes y un segundo caminito rojo que ascendiera recto y angosto hacia un cielo emparedado. Paraíso y Purgatorio, el Infierno y la Tierra meramente… Para el Greco cada departamento del Universo pasó en su madurez artística a ubicarse en el vientre de la ballena…»

Las pinturas del Greco han sido sometidas al juicio de los críticos como todas las obras de arte, cualquiera sea su expresión. En este caso explican la agorafobia del pintor debido a la sensación de angustia o de vértigo en dilatados espacios, atribuidos estos juicios a su temprana residencia en Creta donde recibió su primera educación, y, que además, dado que sus cuadros no presentan espacios se debería a que el arte típico bizantino —hogar espiritual

del Greco— era el mosaico y éste ignora la profundidad. No me queda muy clara la explicación dada a los mosaicos. Los de la mezquita de los Omeyas u Omeyidas en Damasco son bastante aireados y espaciosos como los recuerdo en mi paso por la capital Siria, acompañado en la ciudad por el embajador de México Manuel Maples Arce representante de su país en Siria y el Líbano en 1967. Él fue quien me llevó a conocer la tan famosa mezquita de Damasco.

Manuel Maples, hombre fino, modesto, cultivado en medio de pirámides y pinturas de los famosos muralistas Diego Rivera, Orozco y tantos otros quiso enseñarme la mezquita que tanta atracción despierta. Siempre he dicho que es bueno vivir en una inteligente ignorancia, y esto lo pensaba mientras mi guía me enseñaba algunos detalles de los ensamblados de los mosaicos y sus bellos contrastantes colores. El templo ha sufrido más allá del desgaste de los siglos, el paso de Timur, y otros invasores, además de las destrucciones por incendios. Hoy se trata de conservarlo, y la impresión que recibí entonces la recuerdo siempre. No sé si mi amigo Manuel conocería la obra de Huxley en esos años. Yo tampoco la había leído.

Mi viaje a las Galápagos, siempre postergado, hace que se agolpen a mi memoria tantos recuerdos deshilvanados que me hacen olvidar que estoy iniciando el viaje. Me saludo con el contramaestre del «Guayas», antiguo buque escuela de la Armada de Ecuador, junto al espigón de atraque.

Por la popa del «Bucanero», estaba el carguero «Iguana» que recibía javas de piñas y racimos de plátanos. Mi anciano corazón se asusta al asociar el nombre del carguero con el conocimiento que se tiene de este animal, único ejemplar del planeta capaz de paralizar los latidos del corazón durante largos minutos cuando ve sobre ella la sombra de la muerte en forma de gran tiburón blanco que es capaz de tragarse un perro entero como cuentan Jorge Juan y Antonio de Ulloa en Cartagena de Indias, en su clásica obra «Noticias Secretas de América».

El remolcador de alta mar «Tortuga», fantaseaba con su poderosa hélice entre los afluentes del delta del Guayas cuyas riberas siempre cubiertas de mangles son afanosas reproductoras del mosquito «lameojos», porque sutilmente acaricia los párpados del

durmiente y con su aguijón daña el globo ocular, como lo hiciera conmigo una noche en Quito mientras deambulaba por la ciudad con el hijo del pintor amigo Guayasamín.

Aprendo que este insecto pequeñito, muy fino y delicado, es fecundado en medio de los manglares, cuyo aguijón me produjo un derrame macular en el ojo derecho que aún conservo en una nubecilla de la retina. Se ha comentado por hombres de ciencia que la mácula se puede desvanecer con la miel silvestre de una abeja que hace sus panales bajo las raíces cóncavas de la tierra del Guayas, del mismo modo que en las islas de mi Chiloé natal. Empero, estos sabios investigadores han calculado que para producir cien gramos de miel una abeja realiza el esfuerzo de vuelos equivalentes a una vuelta alrededor del planeta Tierra por la línea equinoccial, o sea del mismo paralelo que divide a las islas del Archipiélago de Colón. Se acercaba la hora del zarpe del «Bucanero», las nubes sobre ese umbral de las Galápagos navegaban semejando ballenas azuladas con sus garganteras abiertas hacia abajo. Y desde el muelle ascendía un senderito caliginoso por los meandros boscosos de los manglares. Escritores de prosa marinera tal un Guillermo Dampier, que bucanero en su nave dobló el Cabo de Hornos donde dejó su nombre en unas islas adyacentes al promontorio. Sin embargo, este bucanero también poeta, llegó hasta las Galápagos alimentando sus fantasías, y queriendo aventajar a los holandeses que guardaban sus informaciones de rutas o pasajes que ellos habían recorrido, logró dar la vuelta al mundo. Dos obras principales denotan su condición de escritor profundo más que de marino inglés con pocas dotes de mando. «A new voyage around the world» (1697). «Two voyages to Campeachy» (México) (1699). Interesa también un tratado sobre los vientos, menos conocido.

En todas mis andanzas, es mi costumbre cargar libros, y en este ya he nombrado varios que los he sentido tan indispensables como el vaso de agua cuando se está sediento… Además de los varios mencionados, llevaba uno desconocido para mí: «Galápagos, Las Últimas Islas Encantadas» de Paulette Rendón que narra su viaje al archipiélago en 1938, con especial dedicación y estudio a la isla Floreana. Sin conocer este lugar que habitaba mi imaginación y me hacía soñar, imitando a Salgari me arriesgué a escribir sobre la Isla del Muerto y la Floreana en mi obra «El camino de la ballena», lo

que me ayudó muchísimo en el viaje porque era conocido por mis amigos ecuatorianos. Ellos fueron una especie de salvoconducto en el país y me aportaron guías e itinerarios, además del apoyo fraterno que sentí en todo momento.

A media tarde de ese miércoles once de noviembre de 1981, me encontraba en el muelle seis de Guayaquil para el crucero de las islas.

«Bucanero», el barco de turismo que esperaba su equipaje humano para esa arca en la esquina de la gran corriente de Humboldt.

Estaba atracado entre el carguero «Iguana» por la popa y un remolcador «Tortuga» que las revolvía por la proa haciendo travesías y travesuras en busca de algo que se le había perdido entre los manglares.

Así me pareció al recordar una leyenda de los aborígenes de la costa
sur-oeste
de Australia: eran los tiempos en que la tortuga tenía colmillos y la serpiente carecía de ellos; ésta le propuso un trueque bajo el lema de que «la clara luz del sol también incuba a la serpiente», frase dicha por el romano Bruto al apuñalar por la espalda a Julio César, según se dice en el drama de Shakespeare.

La serpiente le pasó su cabeza y la tortuga, sus largos colmillos… Desde entonces, una silba para inocular su veneno y la otra ronca durante sus amores.

En nuestros embarques y desembarcos y, ahora, «en seco o en mojado», en la motonave «Bucanero» hubo de todo eso, menos la sabiduría darwiniana que en cinco semanas pudo captar el nuevo mundo de las Galápagos; en cambio, en nuestros cinco días de noviembre, sólo pudimos olfatear la cola de las inmensas galápagos en la estación que lleva su ilustre nombre.

La señora Teresa de Cevallos —relacionadora de la Casa de la Cultura del Guayas— viene a mi encuentro acompañada del joven belga Felipe, alto, de barba rubia, que sería el guía de nuestro grupo «Albatros» en las Galápagos; a continuación, la señora Teresa nos deja junto al barco, ya que éste iba a zarpar. Fuimos los primeros del grupo en subir y, con Felipe, nos quedamos en cubierta conversando.

—¿Qué le parece lo que está ocurriendo en el mundo?, —comencé con mi charlatanería—, ¿Con el hombre que ha pisado la luna, y ahora, el Observatorio de la Silla en Chile, con el Bochum en Alemania han descubierto que la Nebulosa de Magallanes es un gigantesco sol que está formando su propio sistema planetario?

—Es un sol explosivo y así quedaremos una elite viviendo en la tierra —me explicó, con sus lentes gruesos, parpadeando al cielo opaco y caliginoso.

Me pareció que había leído la noticia cablegráfica que apareció en Santiago a comienzos de 1981.

—¿Quién sabe lo que está ocurriendo en el universo?, —agregué con pedantería.

—Ni siquiera yo conozco bien a las Galápagos, adonde viajo desde hace quince años, guiando turistas, pero se sabe que una galaxia es un sistema de estrellas, polvareda cósmica como nuestra propia Vía Láctea, las dos Nubes Magallánicas en el hemisferio sur y la Nebulosa de Andrómeda en el norte… son como esos racimos de plátanos que posan colgando enganchados de las grúas para las bodegas del carguero.

La señora Teresa de Cevallos, relacionadora de la Casa de la Cultura del Guayas.

También era un poeta Felipe, y para no ser menos, le conté que una vez llegó a Valparaíso una culebra de esas que los ecuatorianos llaman «

mata-caballos

», de escamas amarillas y pintas en forma de equis negras. Cuando desenredó su mimetismo sobre el muelle del puerto, hubo que matarla a palos, porque como una boleadora buscaba las patas de algún caballo bagual para voltearlo como los indios pehuenches hacían con los guanacos y avestruces de la Patagonia.

Me explica el guía que dicha culebra podría venir del litoral del Ecuador, y que seguramente llegó a nuestras costas traída por las corrientes marinas tropicales, y que se llama «testudonigra», antiguamente llamada índica.

El belga Felipe miró parpadeante hacia las grúas del «Iguana» que chirriaban aullando como si estuvieran pariendo racimos de estrellas bananeras, desde la comba caliginosa del sol del valle del Guayas.

Ambos reímos por primera vez como si fuéramos amigos. Él se fue por la cubierta de estribor y yo por la de babor, en busca de mi cabina sin número, en el entrepuente cercano a la sala de máquinas donde la señora Cevallos me había depositado, porque mi pasaje era fuera de cupo.

En la soledad de mi litera, que tenía una rejilla adosada a la pared de hierro, como en los antiguos buques a vela para atrincar el coy a la batayola, me puse a pensar que el tal Felipe no me habría dicho una verdad científica, porque «testudo» no es lo mismo que «testa dura» o «testarudo» o «testación» o «testuz».

Y así, pensando en mi diálogo con Felipe, vi como el «Bucanero» comenzaba su travesía hacia el sueño de mi vida, las Galápagos.

El barco despegará de Puerto Nuevo a la isla más cercana al continente: la Española o Hood a más o menos 650 kilómetros de Guayaquil, bajo la línea equinoccial.

El «Bucanero», de 14.05 metros de manga, tenía un desplazamiento de 12,5 millas.

Su capitán Jorge Game Castro, de unos sesenta años bien plantados, conducía esta Arca de Noé con cerca de un centenar de

afuerinos venidos desde los cuatro puntos cardinales, a través de 650 millas marinas al Archipiélago de Colón, su nombre oficial.

Mi cupo para el viaje en el «Bucanero» fue de un trámite especial porque no había cabina disponible; sin embargo, el oficial díjole al ayudante: «Póngale Cero y así lo anota en el salón del bar». Yo medio en broma y medio en serio le repliqué: «El Cero y el Infinito».

Coloqué mis bártulos en la cabina asignada, ubicada en el entrepuente y me sentí como en el tiempo en que navegué en la corbeta de tres mástiles, el buque escuela «Baquedano».

«Que el humo de mi cachimba me acompañe en este viaje a las ansiadas Galápagos», me dije, con un palpitar de mis mejillas abandonadas por la placa dental que había depositado en la redecilla de la cabina, y que me miraba desde su cuenco rosáceo con sus molares e incisivos burilados por la fina y torturante máquina de la odontóloga, ese mismo año de mi viaje. Reponiéndomela, me incorporé para subir a cubierta y contemplar de nuevo en mis largos años otra navegación fluvial, tal como lo hice durante mi viaje por el río Yangtsé. De pronto la noche se dejó caer espesa. Una dama envuelta en una manta ecuatoriana de color azul cerúleo llamó mi atención y nos sonreímos como compañeros en la sombra.

Ambos dirigimos la mirada hacia un faro amarillo que alumbraba la proa y el palo trinquete de un antiguo barco encallado en un cruce de tres brazos del Guayas.

Las corrientes de marea entre los bancos de arena posiblemente habían ido acomodando el buque, de modo que la parte de popa se había asentado en el fondo, dejando de punta la proa con ese mástil que apuntaba al cielo nocturno advirtiendo el peligro.

La boya del trípode alumbraba mortecinamente aquel barco de fierro oxidado como un narval mitológico que hubiera dado el coletazo para subir al cielo.

Los astros y astronautas hacen las mismas travesuras y uno espera que nunca encallen en el cruce de sus navegaciones como este escorado y excoriado de la noche del Guayas.

A la dama de azul, nombre con que la recuerdo, la volví a encontrar en una de mis andanzas, o de las suyas, ya que todos los pasajeros del buque éramos independientes en nuestros programas.

Islas cargadas de leyendas y fábulas que se renuevan al correr de los tiempos y de trotamundos que por ellas circulan y ayudan a que uno muy pronto se enrede más en su historial. A veces no sé si estoy viviendo o despertando de ese sueño largamente ambicionado.

La dama de azul caminaba con su marido y andaban tras la búsqueda de la imagen de su hija Diana, muerta bajo las ruedas del automóvil de un millonario de Miami.

Sentí el grito silencioso de una madre que navega tras las huellas del espíritu de una hija que no fue tragada por los cráteres de Las Galápagos, sino por las rodantes estructuras metálicas de un vehículo moderno. Sin embargo, la señora irrumpió con un llamativo: «¡Mire usted!», cuando las aguas nocturnas de un azul añil fueron rasgadas con una luminosidad veloz desde las profundidades. Era un delfín disparado por el ojo de un flechero submarino que saltó espejeante por la proa de una lancha que nos alcanzó cuando empezaban los primeros vaivenes del oleaje del Golfo de Guayaquil.

El «Bucanero» llevaba su andar de doce millas y el de la lancha por lo menos era de quince cuando competía con el pequeño cetáceo que desapareció de súbito, y la embarcación menor, regulando su velocidad a la del barco, se puso como para acompañarnos en remolque abarloado. También su obra viva verde refulgió unos momentos luego que la enfocó el reflector de la motonave. Se oyeron voces de mando intercambiadas entre puentes de lancha y barco, y, de pronto, el capitán Jorge Game levantó la mano derecha significando adiós, y otro lobo de mar, posiblemente el práctico fluvial que hasta la salida del golfo había asesorado nuestra navegación, bajó por una escala de cuerdas, dio un salto y se encaramó sobre la obra muerta blanca de la rápida embarcación que nos rodeaba cual otro delfín por la proa. En tanto sus tripulantes levantaron las suyas y nos demostraron que los guayaquileños no sólo nos exportan plátanos y otros frutos delicados sino también seguridad náutica del turismo con una veloz «Delfina», nombre de la embarcación que vislumbrábamos a popa.

La navegación de los siglos XIV y XV, época que sólo expedicionarios de mucho talante se atrevían a emprender, se hacía sólo a merced de las velas y del viento que los arrastraban por las corrientes marinas, alcanzando costas desconocidas, descubriendo

islas, canales, ríos y poblados, como fue el encuentro de los tripulantes encabezados por Magallanes, don Hernando, con los patagones.

Si no olvidamos que los primeros que llegaron a las islas, fueron Tupac Yupanqui y compañeros, debemos recordar que el archipiélago se descubrió para los españoles por el traspié que dio el fraile dominico Tomás de Berlanga, Obispo de Castilla del Oro, «Panamá», enviado en misión de España al Perú. Su embarcación fue agarrada por la corriente de Humboldt arribando a una pequeña isla temerosos de encontrarse con caníbales, pero allí atracaron. No había caníbales, tampoco agua, lo que los obligó a obtener el líquido imprescindible para la sed y la fatiga, del jugo que extraían de la savia nutricia de los cactus que abundaban por todas partes. Sin embargo, uno de los marinos no sobrevivió por falta de una ración no obtenida oportunamente.

Es curioso el suceso ya que aquellos que están en las partes más secas son los más jugosos. Seguramente faltó la mano atenta y diestra como el hábil pájaro con su grueso pico. La fecha de esta expedición que llega a la primera isla, se presume fue el 10 de Marzo de 1535, que posteriormente se llamaría Española.

Tomás de Berlanga comunicó, tan pronto pudo hacerlo, la información de tal hallazgo, donde había muchas focas y enormes tortugas, tan inmensas que una «sola puede transportar a un hombre», además «muchos pájaros parecidos a algunos de España, pero muy torpes porque no saben volar y algunos se pueden coger con la mano».

A propósito del comentario de Berlanga, sabiendo que Darwin no estuvo próximo a los primeros hombres que llegaron al archipiélago, no se puede sentir asombro cuando dice que sin duda, la deliciosa carne de tortuga era más que un regocijo para el paladar de las tripulaciones de los barcos, fueran ellos de reconocimiento, exploración o piratería. Marinerías que por largos períodos carecían de buenos víveres y que debían atracar en parajes factibles para el desembarco. Además, después de la degustación y quedar a veces ahítos, cargaban sus bodegas con grandes cantidades, porque este maravilloso animal tiene la singular cualidad de sobrevivir sin agua ni alimentos por largas temporadas, lo que les permitía disfrutar otras veces y a distancia de su suave y

abundante pulpa.

3. Por las Islas

Esta visita al archipiélago, para poder retroceder en el tiempo obliga a caminar y habrá que ir de isla en isla, y así poder nutrirme y beber de esa materia que se siente bullir por todo el entorno, a pesar de la lava que refulge a través del sol como si quisiera dañarnos y no ser víctimas de su encantamiento. Al poner mis pies en esta ISABELA, la isla madre del archipiélago que me ha dejado sorprendido casi sin respiro al sentir un quejido o gemido profundo escasamente perceptible para un oído tardo, cerca del rumor del surtidero del geiser que derramaba su agua caliente por la proximidad a uno de sus volcanes también llamada Albemarle que es la isla madre del archipiélago y la primera visita del grupo «Albatros».

Lo primero que preocupa en esta isla son sus volcanes: algunos de ellos todavía manifiestan su actividad, y según nos comentan hubo entre 1960 y 1980 varias erupciones. Nos sorprendemos al ver el cráter inmenso de uno de ellos, donde hay una colonia grande de galápagos, en que algunos podrían pesar entre 200 y 300 kilos. En varias islas están casi extinguidas. Por ello el gobierno ha creado una RESERVA para que estas gigantes tortugas vivan en su medio natural, medida que ha permitido una colonia de cerca de tres mil quelonios. Su desaparición o extinción se atribuye hasta cierto punto más que a la delicadeza de su carne, a la excelente calidad de su aceite cuyo análisis demostraba su bondad e hizo que barcos norteamericanos y otros fueran responsables de este desacato irreparable.

Esta isla me impresiona de inmediato ya que se ve muy concurrida de paseantes que se cruzan en nuestro andar por sus huellas profundas y expandidas de la lava pétrea, cuyos colores van

desde el negro profundo, pasan por los grises cenicientos hasta los amarillos viváceos del azufre impregnado al suelo.

Llamada Isla de los Volcanes, es el nombre más certero, pues está constituida por cinco cráteres dispuestos en forma extraña. Ciertos investigadores suponen que en algún tiempo que no se ha calculado estos cráteres, eran independientes, es decir eran volcanes cuyas constantes erupciones hicieron que su poderosa lava los uniera. En general el archipiélago tiene alrededor de un poco más de dos mil volcanes y siempre habrá alguno que sorprenda por su reactivación.

Cuesta mucho traspasar a un papel, con palabras emotivas y relevantes el hechizo y asombro con que nos encandilamos con el paisaje de Isabela. Y agregamos un hecho que se recuerda con frecuencia ya que uno de sus volcanes entró en actividad durante la Segunda Guerra mundial, cuya violencia fue tan extraordinaria que su lava se aproximó a la base norteamericana que estaba en Seymur, pequeña isla que Ecuador había cedido transitoriamente a Estados Unidos para la lucha contra el Japón. Sin embargo, esta información del volcán enardecido tiene un triste fin ya que un avión pretendió reconocer el cráter y con 11 tripulantes de su base, y de seguro con imprudencia, se aproximó tanto que cayó en el mismo torrente de lava. Al tiempo sólo se encontró un poco de chatarra. No será extraño de aquí a un tiempo leer una dramática leyenda o cuentos sobre un avión caído en desgracia de Seymur en Isabela.

Camino con un bonito plano del archipiélago y me fijo en lo que estoy mirando. Esta isla es la más grande y tiene una curiosidad. Está atravesada por la línea equinoccial en su parte superior extrema de modo que su parte superior se ubica en el hemisferio Norte y su mayor masa en el Sur como casi todo el archipiélago.

Esta sorprende porque tiene una característica principal que son los manglares que se ubican entre el nivel del mar y la playa. Arbustos y árboles propios de los trópicos que en algunos lugares crean una verdadera fronda por sus raíces retorcidas. De sus hojas y corteza se extrae el tanino, sustancia que se utiliza en la preparación del cuero. La flora cambia según el terreno o la altura, así se encuentran manzanillos y algarrobos de gran talla en algunas zonas. El palo santo, madera muy firme y durable de cuya madera

se hacen hermosas piezas de artesanía ya que su talla descubre una tonalidad cafesosa llamativa. Hemos dejado como para realzar algunas características de Isabela, los buenos árboles fruteros que uno al pasar puede coger alguna delicia como el mango.

No puede extrañar la escasa fertilidad ya que la lava es su verdadero enemigo, sin embargo vive allí mucha cantidad de ganado en estado salvaje y muchos chivos lo que se permite cazar libremente ya que ellos son los destructores de la escasa vegetación, y que impiden la subsistencia de las especies propias de la isla.

En Isabela encontramos variados intereses: sus extensas playas que por lo general tienen un mar agitado, atractivo por la explosión del oleaje. Los geólogos se extasían con los nombres de los volcanes como Darwin, Ecuador, Sierra Nevada o Cerro Azul que se pone activo cuando menos se piensa. Así cuentan que en 1959 sus fuegos y luminosidad se veían a gran distancia alumbrando el cielo de rojo: y por el día la columna de humo que se dirigía al cielo ponía tristeza y angustia, según comentarios de los boteros que estaban en caleta Iguana.

No obstante su extensión y posibilidades de desarrollo, viven alrededor de 500 personas cuyos trabajos principales son la pesca, un poco de agricultura, y ciertos aprovechamientos de materias para actividades artesanales. Hay que destacar un hecho muy loable que es la escuelita que cuenta con los cursos básicos, dirigida por una misión de los Padres Franciscanos. Sus frutos no son muy sobresalientes ya que el medio mismo hace muy fatigosa la labor tanto de maestros y alumnos. Allí faltan elementos que permitan impartir una mejor educación y lograr un mejor desarrollo en la isla toda.

Pero ISABELA carga con una pesadilla y es haber tenido una Colonia Penal, que recibió no sólo a delincuentes, sino que a menudo también estuvieron allí honorables políticos usando el recinto como sitio de destierro. Para mayor crueldad se levantó allí «el muro de las lágrimas» donde están los nombres de los sacrificados del Penal. Fue una visita para mí bastante dura ya que trajo a mi memoria otros campos de prisioneros y en particular el de Buchenwald que visité en 1965. Siento una clavada en el pecho y trato de respirar hondo para seguir caminando.

Me cuesta admirar la hermosura de los flamencos o mirar los

cormoranes, de paso vislumbro La «Cueva de los Piratas», que está en la caleta donde nos aguarda el «Bucanero».

La idea era lograr una reeducación a través de un sistema de estudio que duraría cinco años. Posteriormente, a esa calidad de delitos se agregaron otros que eran verdaderos malhechores de gran peligrosidad. Así el Penal tomó características que dañaban seriamente los objetivos que se habían propuesto las autoridades nacionales. El régimen policial degeneró poco a poco y luego se excedieron las medidas de rigurosidad y disciplina cometiéndose muchos abusos y odiosidades.

Dichas barbaridades crearon un tema tal que provocó el amotinamiento de los reclusos y luego la rebelión de los presos ante tanto maltrato. Según se sabía, en el muro de los lamentos, había un abismo preparado con piedras volcánicas especialmente trabajado, donde muchos de ellos que morían por sus castigos eran lanzados. Luego después el Penal debió clausurar esta negra página del Ecuador. No obstante seguiré con mi ruta hacia otras islas… Debo continuar mi sueño.

El «Bucanero» está atracado en la bahía Tagus, a una milla más o menos al sur del vasto viejo cráter cuyas tranquilas y profundas aguas permiten que lleguen hasta allí numerosos barcos, a veces con muchos turistas, cuyos nombres han quedado en los acantilados, así como señales que indican que otros han vagabundeado por esos lugares. La base de este que fue un volcán, está rodeada de varias millas de lava que junto a otros se han unido gracias a los desbordes de su propia materia. Mi pobre cerebro se sobrecoge cuando piensa en estos fenómenos y quiere imaginar los volcanes vomitando sus llamaradas para cubrir tan extensos espacios con esa sustancia pétrea que adquiere una gama de colores a veces bellos y otras que nos dañan porque los sentimos crueles. Así Darwin con su admirable genio poético dijo: «Estoy frente a un escenario ciclópeo».

Isabela es la isla que ha sufrido más erupciones en las últimas décadas; muy interesante por sus características físicas. El vasto cráter de paredes muy inclinadas contiene un gran lago salado. Nos explican esa maravilla y debemos caminar para poder entender mejor esta extraña geografía. Cuentan que el mar entró a través del rompimiento de una muralla, y la corriente de lava —difícil de

imaginar para un profano— cubrió el espacio entre el cráter y el mar, lo que dio lugar al lago. Es un espectáculo que me deja, por decir algo, encandilado: lago, cráter y lava.

Observo unos momentos a viajeros japoneses cargados de modernos equipos de filmación para fijar todo aquello que les llama su atención; sus ojos precisos captarán los paisajes surrealistas o dibujos trazados por las manos mágicas de los «ovnis» que uno no logra ver. Quisiera tener un lápiz y un papel y tirar unas rayas o ángulos para después colorearlos… Y no olvidar esas visiones deslumbrantes. Fantasmagóricas…

Además hay otra rareza. Dicha bahía marca una separación en la isla, en que una parte se la sitúa a Barlovento y la otra está a Sotavento. Los promontorios volcánicos se denominan de Punta Sur o Punta Norte según su ubicación. Así el Volcán Wolf está en el Norte con una altura de 1707 metros y es el más alto de todos. En cambio el cráter de Sierra Negra está en el Sur, famoso por ser segundo en el mundo por su extensión.

Según Melville, las radas o bahías de esta isla recibían a los cachalotes en determinados períodos para dejar sus crías. Él nos describe mejor una escena de su paso por Isabela:

«Cuando los barcos empezaban a navegar en las proximidades, solían bloquear la entrada de la bahía Sotavento y sus botes dando una vuelta por la de Barlovento atravesaban el canal de Fernandina y así acorralaban diestramente a los leviatanes».

Pero no se puede olvidar que los merodeadores de estos lugares eran principalmente los bucaneros o piratas del siglo XVII quienes dieron nombre de monarcas a los lugares donde atracaban para hacer sus piraterías.

Por ejemplo, entre Isabela o Albemarle y San Salvador o James que fue la primera isla con que se topó Cristóbal Colón, hay un extraño islote que lleva el nombre de Isla Encantada de Ambrose Cowley. Según Melville, por este corsario corría sangre de poeta pues era pariente próximo del vate Abraham Cowley quien se desempeñaba en tareas de la corte, próximas a la ciencia. Del mismo modo, al corsario se le considera un investigador innato, por sus reconocimientos que hizo de las islas, el nombre que les dio y sus notas que explican con gracia y sustancia los espejismos e ilusiones que se producen por las refracciones de la lava y las

visiones fantásticas de los cráteres apagados.

De Isabela llegamos prontamente a FERNANDINA, pequeña isla separada por un estrecho de más o menos dos millas de ancho. Extraño y sorprendente fenómeno del archipiélago ya que estamos en la presencia de un volcán con más de 1000 metros de altura, a cuyo alrededor la expulsión de la materia la ha convertido en un desierto. Esta e Isabela son las islas más afectadas por las erupciones de sus volcanes cuya actividad origina siempre fenómenos que hacen desaparecer lagos por las avenidas de lava y luego, al tiempo, reaparecer más pequeños. Como este fenómeno ha sido recurrente, se explica por la actividad arbitraria de los volcanes y las corrientes de agua de mar…

Curioso. Me siento bien acogido aquí porque puedo caminar y si fuera posible sondear este escenario con sus bajas colinas y retener en mi visión lo que observo y me provoca su lastimera amplitud. El cráter ya no expulsa su fuego demoníaco y se puede estar tranquilo. Para conformarnos nos vamos a la parte norte de la isla, punta Espinoza, también es un volcán que cuenta con una faja de vegetación con alta hierba. Su costa está inundada de colonias de lobos, pingüinos, cormoranes. Sin embargo lo que más me asombra es la iguana, tan pronto nada, así como se montan en las rocas que para muchos este panorama nos retrotrae a millones de años, un mundo de saurios y monstruos primitivos.

La iguana marina es un lagarto común en todas las islas del archipiélago, vive muy próximo a la costa, a no más de diez metros del mar y sobre las rocas. Pueden tener hasta un metro o poco más de largo, de movimientos lentos y color café oscuro. Son exclusivamente de estas islas. No vive en ninguna otra región. Para algunos su aspecto es desagradable, incluso Darwin las encuentra horrible. No me atrevo a opinar porque fue el sabio uno de los que me está empujando en este viaje y nos dice: vagan silenciosas cual representantes de una extraña escena ciclópea, al tiempo que las califica como los animales más feos de la creación. La describe con una especie de melena callosa sobre el cuello y espalda, largas patas y cola. Reptiles buceadores llaman la atención porque saltan entre las numerosas colonias que allí abundan y se zambullen por varios minutos para nutrirse de sus algas que es su alimento primordial. Pertenecen a la misma fauna de los anfibios, del mismo modo que las focas y lobos marinos.

Amable dragón es el nombre popular para la iguana marina, animal de sangre fría, se empapa o se baña de sol en rocas cuyas temperaturas alcanzan los 50º C. Así este animal logra temperaturas de 35º, bueno para su vivencia. Miro y vuelvo a mirar a la iguana y no comparto con el sabio su opinión. A cada paso, el volcán nos asombra.

Llama la atención por tener sus paredes inclinadas, y porque ellas encierran el lago salado como ya lo hemos dicho. Por fortuna las explicaciones no impiden que nos quedemos perplejos ante un espectáculo que valdría la pena verlo cinematográficamente. Imaginar el instante en que el mar entró por donde se rompió uno de sus muros y la corriente de lava cubrió el espacio apareciendo el lago.

Ha sido una de las más bellas y mayores sorpresas vividas en este recorrido de islas. Y, aprovecho de intercalar una información de Santiago del 5 de abril de 1984, procedente de Quito: «El único volcán de la isla Fernandina del archipiélago de las Galápagos entró en erupción durante una semana habiéndose intensificado la violencia ya que han seguido una serie de explosiones vistas por testigos».

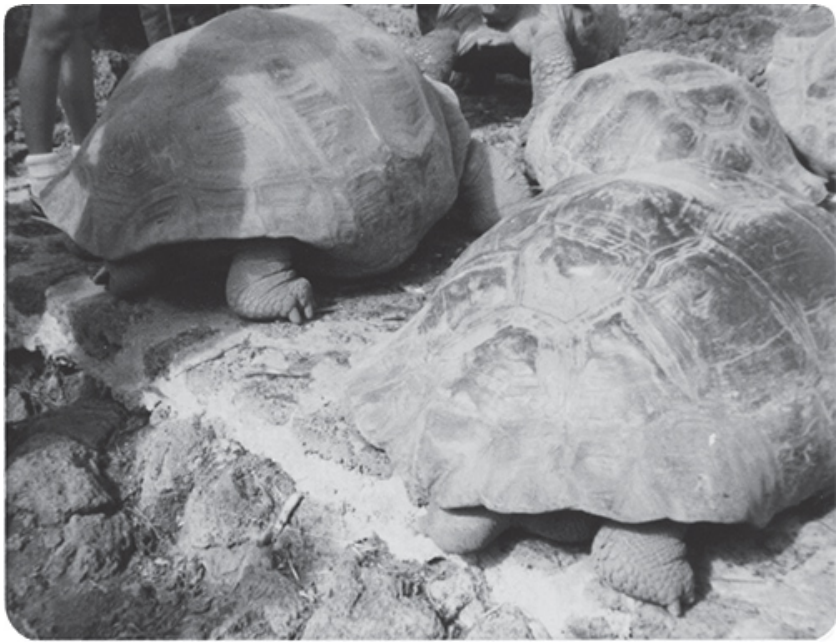
Esta isla fue muy estudiada por Melville y se refiere en especial a su extraña geografía. Cerca de la punta Albemarle está la Roca

Redonda de 67 metros de altura, es muy árida y tiene cerca de ¼ de milla de circunferencia. También le llama la atención que la línea de ribera no presenta evidencias.

Después de varias horas de navegación llegamos a la isla que posee varios nombres: Santa María, Charles o FLOREANA. El primero por la carabela de Colón, Charles por el rey Charles II de Inglaterra, y Floreana en homenaje al Presidente Flores en cuyo gobierno Ecuador estableció su soberanía en el archipiélago.

Hay sitios que se graban en la memoria sin libreta de apuntes. Llama la atención su extensa playa de arena fina que va hacia la punta Cormorán, que es otra isla pequeña. Después de un gran almuerzo de peces, salimos a nuevas andanzas atravesando la isla por entre un bosque de magníficos palos santos. El aroma de estos árboles impregnaba la atmósfera de noviembre. Y aunque exista la prohibición de dañar el árbol, uno no deja de tentarse y furtivamente arañar con la uña la corteza del tronco para aspirar entre los dedos el más puro de los inciensos. Me imaginaba al palo santo de gran tamaño, ya que todavía conservo un vaso de esta fina madera, paraguayo, sin embargo, es relativamente pequeño no muy grueso; empero sus flores que emanan el perfume tienen un claro azul.

Por la macicez y firmeza del material que entrega, se usa de preferencia para construcciones navieras. Y tengo que agregar que es tanta su tupición que es posible que uno se extravíe en esta selva de infinitos santos.



La playa más alejada de los árboles santos inducía a tomar algún riesgo. Por ello me alejé del grupo y como los albatros habían desaparecido de punta Cormorán, solo, con esa soledad que es de la tierra adentro, me lancé a las aguas para nadar entre dos tortugas y un pez raya que pisé al salir entre los suaves y tibios oleajes de Floreana. El calor de noviembre es bastante soportable ya que el archipiélago tiene la influencia de las corrientes marítimas que morigeran su condición de estar en plena zona ecuatorial. Por ello no trepidé en desvestirme, tras unos palos santos y usando un pantalón de baño esponjoso como imagino que lo usaron Ulises y sus compañeros en Pisunda, me eché a nadar pensando en Eurípides que en una obra inmortal dice: «¡Frágiles sombras que una esponja borra!»

Las dos tortugas marinas que me salieron a babor y estribor, asustadas posiblemente por el resplandor eléctrico de mi esponja submarina levantaron sus largos cuellos cual brazos de manos empuñadas. Tuve miedo, lo confieso. Ha sido la primera vez en mi vida que he nadado entre tortugas y tal vez la única. Sus ojos me parecieron dos ascuas volcánicas y me zambullí en busca de la playa. Al afirmar el pie siento en las plantas el característico

sacudón del pez raya. Brinco por un esguince que aún llevo en el pie derecho y corro en busca de un tablón de esos que bota la ola con clavos oxidados. Vuelvo para pescar la raya. Le di con la clavazón en el espinazo plano para acercarla hacia la arena seca.

En esos instantes preciosos y precisos aparece un guía y me increpa:

—¿Qué está haciendo?

—Pescando una raya.

—¿Y en esa forma? ¿No sabe usted que está prohibido pescar, cazar y raspar la corteza de los palos santos?

Recuerdo a la joven menuda, vivaz e inteligente, pero menos «fembra menuda y placentera», como dice el arcipreste de Hita.

—¿Usted cree que iba a cazar una ballena azul con un tablón como ese?

Me dio vuelta la espalda perdiéndose entre los palos santos mientras yo me sacaba la esponja azul eléctrica que llevaba de entrepiernas.

Más tarde comprendí cuánta razón tuvo la joven bióloga al llamarme la atención, olvidándome de mí mismo que he defendido la naturaleza en mis islas y en la región del Cabo de Hornos para salvar los recién nacidos «poppies». Lobitos o focas recién paridos destinados a las peleterías extranjeras.

La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y la UNESCO ha declarado «Patrimonio de la Humanidad», con acuerdo del Gobierno del Ecuador a todos los seres que habitan el lugar, desde un molusco entre los arrecifes hasta las pocas tortugas gigantes, llamadas «galápagos» que permanecen en un jardín especial donde viven cual restos de un pasado esplendoroso. Balleneros, piratas y filibusteros, en pocos siglos, dieron cuenta de los centenares de miles que poblaron este jardín del Edén sobre la vastedad del océano Pacífico.

Ahora sí que un regusto de soledad absoluta, esencial en el animal mas no en el hombre, me hizo estremecer de frío en los huesos a pesar del calor. El guía se había alejado para observar a otros que hacían comentarios.

Al volver por un camino donde las focas comían brotes nuevos de los manglares, me acuerdo de mi infancia, y empiezo a silbarle a una para que me siga. Luego una mujer alta y desgarbada, además añosa, se dirige a mí y me dice: «Sleeping, sleeping». Vuelvo a silbar y ella me repite: «Sleeping, sleeping».

Con estos «sleeping» recordé un verso de «Prometeo» del poeta Shelley a quien siempre recurro y trato de decírselo en mi precario inglés:

In the world unknown
Sleeps a voice unspoken
By thy steps alone
Can it rest be broken

No debe haberme comprendido tal como yo a las focas cuando las silbé, creyendo que eran perros ovejeros del mar, porque se alejó malhumorada. Puede que muchos lectores no conozcan este verso del poeta inglés como yo lo recuerdo y por eso lo traduzco a mi propio castellano.

En el mundo, desconocida,
Duerme una voz no pronunciada.
Sólo el sonido de tus pasos
Será capaz de despertarla.

En un cuento, «Témpano sumergido», de mi libro «Tierra del Fuego» que gustó mucho al novelista chileno Manuel Rojas, hay un niño que dice:

«—¡Papá no habla nunca!» —dijo.

—¡Sí, habla! —le respondí—. «¡Habla con los árboles. Con las nubes y con las piedras!»

El niño se echó a reír y yo no pude menos que hacer otro tanto, aunque de buenas ganas me hubiese puesto a llorar…

Hace más de dos mil años vivían en plenitud a sotavento de nuestro Cabo de Hornos tribus de los llamados yaganes, por corrupción inglesa de la palabra «Yamana» que según los investigadores quería decir simplemente nosotros. Tan correcto como decir «los otros» a los que vivían más allá del tempestuoso Cabo que sólo los protegía a ellos.

Era un buen refugio para esos canoeros que descendieron por la costa occidental de América inflando cueros de focas tal cual lo hizo el marinero Herman Melville en la isla Narborough de las Galápagos.

Los mismos piratas, filibusteros, bucaneros, balleneros, cazadores de focas tiernas de un pelo y adultas de dos pelos, que pasaron por nuestro Cabo de Hornos, Falso y Verdadero, fueron los que exterminaron los animales y luego al hombre Yamana.

Esos grandes niños normales no se echaban a reír mientras

escuchaban a sus antepasados contar y contar entre las bordonas de viento contra los riscos del Cabo Duro lo que hablaban con el mar, los leones y los elefantes marinos, con ballenas de jorobas asesinas o de aletas de espada como las orcas.

Estoy seguro de que hasta las focas sacaban medio cuerpo fuera del agua agitando sus aletas en señal de vida. Así las vi en las islas Galápagos. De allí proviene este recuerdo. Me sorprendió una recién parida que tomó a su lobezno por el cuello y se abrió camino orgullosa por entre sus compañeras. Una de ellas no se apartó a tiempo y con la aleta derecha —como si lo estuviera viendo, no lo invento— la apartó familiarmente con su mano de fino guante. Hecho que no ocurriría cuando se viaja en buses o tranvías de algunas ciudades del Orbe.

Haber recorrido esta isla, yendo y viniendo por distintos lugares sin mencionar «Buzón de Correo» el recordado «Post Office», situado en la bahía del mismo nombre, sería una torpeza del olvido, ya que en mis lecturas sobre estas islas lo he encontrado tanto en Melville como en Darwin y en los piratas y balleneros de los siglos XVIII y XIX venidos de Bretaña, Boston, Hamburgo y otros lugares.

La época de los balleneros que se inicia alrededor del siglo XIV toma auge con las flotas de las colonias anglonorteamericanas del siglo XVIII en que aparecen en el océano Atlántico, en las primeras décadas, desplegando gran capacidad y tecnología moderna en la pesca y almacenamiento.

Los viajes eran largos y azarosos, y esa es una de las varias razones para que se les atribuya a ellos la colocación del tonel que ha quedado con el nombre inglés de Post Office. Y en castellano Buzón de Correo, precisamente es uno de los hitos de esta isla Floreana.

Dicho barril, hoy reemplazado por un servicio de correo más moderno, contaba con un soporte, sujeto a la piedra de cierta altura. Me arriesgo a describir la llamada de atención colocada sobre el artefacto: era una cabeza de algún vacuno, bien mondada, en que las cavidades de los ojos atraían a los posibles pasajeros, invitándolos a dejar sus mensajes. Si se presta atención, y se mira con buena vista en la roca que está un poco alta, se puede distinguir señas o nombres de personas e incluso de buques que por allí recalaron. Confieso que no encontré ni reconocí ninguno de

aquellos personajes que me habría gustado hallar… Sin embargo hay hechos bellos y creíbles: los mensajes dejados por marinos de los buques balleneros que depositaban su mensaje en el buzón, seguros de que otros los recogerían y los llevarían a su destino, y también ellos dejarían los suyos…

Y si no hubiera sucedido así, ¿no sería bueno creer que existió esa solidaridad de esos trabajadores siempre expuestos a un imprevisto, o por último de esos que fueron por quien sabe qué motivos piratas o corsarios?

Es una tradición y por ello, los que por allí anduvieron y anduvimos, la hemos respetado. ¿Y qué hay más allá del acto que surge de improviso y nos invita a enviar una nota, una postal, un mensaje, más si lleva al enfrentarnos con una oficina de correos, y lleva el encantamiento galapaguense?

Allí quedaron guardados, es muy posible, muchos secretos, y los sueños de esos seres que necesitaban la comunicación para contar sus angustias, sus nostalgias, sus pensamientos, o hasta su ruta posible cuando no se vislumbraba claridad en los mares o en sus agitados corazones.

Tomando cierta altura se pueden observar ruinas que imponen su dramatismo que nos traspasa de cabeza a pies, no cabe duda que son las huellas devastadoras de alguna erupción, cosa no extraña en la mayoría de los lugares visitados. Tan pronto ruinas amarillentas, otras con escasa vegetación; y más allá desde una especie de cerro caen unos helechos inmensos que nos dicen que hay vida.

Yendo tras mis intereses o intenciones me acerco a un lugar que me atrae porque es distinto a muchos por su pintoresquismo. Observo los restos de una especie de caverna con las huellas de que fue hecha por la mano del hombre. Pocas palabras o signos fueron grabados en la piedra y quisiera uno comprenderlos, pero la acción erosionable del tiempo nos ha dejado sólo una que otra palabra o trazos ilegibles.

Sin embargo, la caverna es motivo de leyendas relativas a los tesoros de los piratas y otras de vidas de gentes en busca de soledad, aventura o un sueño imaginario, extrañamente desaparecidas o muertas. En esta misma bahía que seguirá siendo bella por sus suaves y onduladas colinas se encuentran los restos y uno que otro vestigio de la Empresa de Pesca Noruega que se

estableció por los años 1919 o 1920. Un grupo de pescadores noruegos propietarios de un buen barco soñaron con montar una industria similar en la que ellos habían trabajado y por las noticias que habían recibido se instalaron en Floreana.

Mucho entusiasmo y laboriosidad de esos empeñosos hombres venidos de un país tan frío no impidieron su total fracaso tanto económico y de desconcierto de sus creadores, lo que los obligó a los pocos meses a regresar a su país. Para hacer más dramático el fin de la empresa pesquera, quien fuera capitán del barco murió ahogado en las costas de una isla cercana donde quería o pretendía restablecer su capacidad técnica de trabajo.

Difícil o casi incomprensible es el hecho que no obstante tanta historia desdichada, Floreana siguiera atrayendo gente para residir en ella.

Así fue como llegué a conocer por boca de nuevos residentes, hechos no muy lejanos y que por lo tan sorprendentes, los leí en una historia muy bien documentada de Paulette Rendón, mujer de un pintor ecuatoriano cuyo libro está en mi equipaje. Por mi parte me atrevo a afirmar que Paulette, francesa de nacimiento y ecuatoriana por matrimonio y residencia, es de seguro la única mujer hasta 1946 que osó aventurarse en las islas y escribir una interesante y documentada historia sobre las Galápagos.

A veces, entre sus páginas encontramos la pluma de una gran cuentista para envolvernos en relatos en los que se vislumbran hechos misteriosos en medio de un paisaje umbroso con verdes algarrobales. La extraña vida y muerte del doctor Ritter, llegado con su compañera Dora, ambos de Alemania, en 1934. Alemania, envuelta en una crisis política y social profunda, los hace huir de esa civilización y desembarcar en esta isla que han conocido por un geógrafo también alemán. Allí se quedarán para rehacer su vida, en este mundo nuevo y desierto: trabajarían duramente, lo entendían, pero parecía que en él podía haber cierta espiritualidad y dosis de sacrificio. Esta historia que comienza tan sencilla y creíble, al poco tiempo se descompone con la presencia de una baronesa y sus pajes lo que enturbia el ambiente de la pareja para terminar con la vida del doctor Ritter y la huida de su mujer Dora.

Años después, adquirí en Barcelona, un relato de una de las personas involucradas en los hechos, con una perspectiva distante a

esta historieta. Su visión personal ya que vivió cerca de los Ritter, además de ser testigo de la muerte del doctor, da una mirada crítica un tanto positiva a los sucesos de Floreana.

Su autora es la señora Margret Wittmer quien vivió en la misma isla con su esposo, en la década del treinta. Alemanes ambos, principalmente ella fue protagonista de una verdadera odisea envuelta en todo el acontecer de Floreana, en un periodo en que el mundo está convulsionado y los rumores alcanzan a las islas Galápagos. Partió un tiempo a Europa, sin embargo el embrujo de las islas la trajo de nuevo a ellas para reencontrarse con lo que llama su «pequeño paraíso». Tuvo su segundo hijo y allí ha seguido su vida por lo menos hasta más allá de 1960 según los comentarios que escuché. Ambas obras me interesaron de modo que las llevé a la India y en Nueva Delhi viviendo en la casa de mi hijo J. Francisco las hice empastar. Tienen en su interior el nombre del Khan Market, en la vieja Delhi, por lo que pagué quince rupias.

Algunos lugareños nos repiten también algo de la curiosa y dramática historia del Dr. Ritter y su mujer al llegar a una sencilla lápida sobre su tumba que dice: Franz Ritter 1933. Muy cerca está la caverna que se supone fue su primer refugio. Siempre una tumba nos tironea más si está en una soledad o desamparo. El nombre grabado en la lápida es solo eso; sin embargo, ya he conocido y contado algo de su historia y quiero creer que cuando llegó a la isla fue un ser feliz. Nadie nos contó quien colocó la piedra. ¿Sería la Señora Wittmer?

Intencionadamente dejé estos trazos de la historia para el término del recorrido por Floreana para no deslucir las bellezas que en ella observé. Sin embargo, para muchos escritores y comentaristas del archipiélago, esta isla está «cargada», tiene el sino del misterio, del peligro o algo por el estilo. Algunos la llaman «isla maldita». Su población era de alrededor de sesenta personas (1981), agrupadas algunas en familia, de preferencia de ascendencia europea.

La historia aquí nos retrotrae a Alemania, una Alemania derrotada de postguerra, (la Primera) en que surge un partido político cuyo jefe o presidente sería un excabo de guerra, Adolf Hitler, posteriormente llamado Führer. Su doctrina, el Nazismo y su obra que la propaga «Mi Lucha» formula entre sus postulados el

expansionismo ya que el pueblo alemán estaba llamado a un gran «destino» para lo cual necesitaba mayores espacios… Así dio comienzo a las invasiones territoriales de países vecinos. Luego vendrán las persecuciones a judíos y otras etnias, desencadenándose años después la II Guerra Mundial.

Los perseguidos lograron arrancar y radicarse en otros países; sin embargo, hubo algunos que se sintieron iluminados por el Führer y llegaron a distintos lugares para servir de punta de lanza o avanzada en la expansión del nazismo. Entre estos hay varios alemanes llegados alrededor de 1929. Su arribo tan sorpresivo a las Galápagos, a la isla Floreana; no solo es acogedora sino la sienten con bastante perspectiva, podía ser el lugar apropiado para estos colonos cuyo empuje y esfuerzo se les reconoce en el mundo. A su llegada a puerto manifiestan su deseo de establecerse en la isla porque tenían informaciones de amigos que habían recorrido varios lugares, insinuándoles Floreana más conocida como Charles o Santa María.

Según las pretensiones que ellos manifestaron, habían emigrado de Alemania porque su único interés era gozar de una vida libre, donde pudieran disfrutar de la plena naturaleza, alejados del mundillo lleno de pompas y placeres.

Entre ellos como se dijo, el Dr. Friedrich Ritter era un profesional en ortodoncia en Berlín. Quería iniciar una nueva etapa de su vida con su compañera a lo que se entregarían con todo amor y entusiasmo, amor y entusiasmo para olvidar un pasado que es solo de ellos, empujándolos a un lugar que no logran vislumbrar.

Junto a esta pareja ya se han integrado a este pequeño mundo la baronesa de Wagner, Lorentz y Phillipson, que son sus acompañantes. Luego, los Wittmer que vienen como pareja y constituyen su propia familia. Mas, entre todos estos seres se ha forjado un pequeño reducto paradisíaco, del que disfrutan durante un tiempo bastante impreciso.

La vida, tiene que haber sido sumamente penosa por el desamparo y la carencia absoluta de bienes mínimos, a pesar de la abundancia de árboles frondosos y frutas, pájaros y animales… Había que trabajar fuerte en la tala de árboles y así ir poco a poco construyendo la primera hamaca, luego pensar en algo que sirviera de protección contra la agresividad del clima, bichos, y algunas

bestias peligrosas. La isla estaba habitada solo por algunos escasos ecuatorianos dedicados a la pesca y cultivadores de pequeños predios entre cascajos y lava. Sus casas eran tan pequeñas que no las podían entregar a estos nuevos vivientes de la isla.

Los recién llegados para poder cimentarse dieron pruebas de que la naturaleza, si se la sabe llevar, conociéndola, permite que el fuerte triunfe, era una manera de decir de la señora Wittmer. Y no cabe duda que gozaron de algunos años felices.

El clima debe haber sido el principal apoyo que tuvieron en un comienzo estos seres que a veces los siento tan extraños. ¿Gozaron de la libertad que anhelaban? ¿Nunca pensaron en los riesgos que podrían sobrevenir o sortear en el suceder de los días? Me preguntaré siempre si Darwin tuvo razón cuando dijo que las islas «eran el misterio de los misterios».

Según se ha comentado el nudismo era un culto que profesaban. Llegan de Alemania otros grupos a los que se les atribuía actitudes o conductas no compatibles con esa época que vivía su patria. Pero, debido a las precarias condiciones del terruño, pedregoso y lleno de maleza, al que llegaron, estaban obligados a usar botas para caminar por entre el hierbajo, piedras y lava, elementos que al pleno sol podían terminar con el gozo que esperaban disfrutar. Cuerpos jóvenes, siluetas esbeltas, en cuero —según todavía se dice — con altas botas llamativas, les obligaba a mantenerse aislados de los escasos habitantes de la isla. No obstante todos los obstáculos, e incomodidades que deben haber soportado la pareja de los Ritter — la más cuestionada— casi una leyenda, logró fortalecerse en una tierra extraña y distante de la propia. No se puede dudar que hubo solidez y amor en la compañía que fue el motor de sus vidas.

Se han creado buenos vínculos de amistad y colaboración entre todo el grupo que ha llegado a la isla, porque sus instalaciones están muy próximas y hay cierta buena convivencia en la isla. La chacra que se ha sembrado alrededor de sus carpas o casas entrega buenos frutos y todos se esmeran en el cuidado del huerto.

Mas está sucediendo un hecho curioso: la llegada de barcos japoneses dedicados a la pesca en las costas del Ecuador. Ellos se constituyeron en buenos proveedores de esta pequeña colonia de extranjeros que se halla establecida en Floreana. Y que para algunos llama la atención la relación que traban con capitanes o

tripulaciones dada la situación que está viviendo el mundo en esos años. Hay una realidad política en que se han constituido ejes de poder en base a ideologías e intereses económicos.

Aquí es donde comienza a tejerse la leyenda, debido a que los barcos que merodeaban en torno particularmente a esta isla ya son en su mayoría japoneses y en el estado comienza una preocupación muy cautelosa sobre los barcos y en los puertos. Son verdaderas medidas que toma el personal de seguridad de la marina ecuatoriana.

Los Wittmer, los últimos vivientes del grupo constituyeron una valiosa y primerísima fuente para los relatos de Paulette. Ella cogió de boca de Magrett Wittmer aspectos muy interesantes de la vida de todo este extraño grupo de alemanes que irrumpió en este archipiélago a fines de la década del 20 y hacia adelante. Por cierto, está clara la amistad que hubo en especial entre las dos parejas; no así con los otros alemanes cuyo fin queda siempre en duda. Magrett, después de la muerte del doctor Ritter y de la huida de Dora, vuelve a su lejana Alemania para regresar después de varios años a su querida Floreana donde ella vuelve a recuperar su «paraíso». Así escribió su historia novelada en alemán: «Postlagernd Floreana» publicada en 1960. La primera versión al español se conoce con el nombre de «Lista de Correos», en un recuerdo al lejano «Post Office» que instalaron los balleneros en siglos pasados como está ya dicho.

Los meses que Paulette y su marido vivieron en Floreana, en 1934, constituyen un testimonio valioso en sí mismo como texto asentado en el lugar donde vivieron dificultades y riesgos, aparte del desasosiego que los inundaba a ratos. Sin embargo la inquietud que estaba en el ser mismo de Paulette le ayudó a olvidarse de mosquitos, de la escasez de muchos víveres y así superó el desconcierto de los primeros momentos.

Paulette rescató lo mejor de lo mejor para escribir su libro sobre las islas.

El viaje y la permanencia de meses de la pareja Rendón valen por sí mismo tanto como el texto ya que el asentamiento en el lugar significó dificultades y riesgos, además del desasosiego que los inundaba a ratos. Sin embargo, la inquietud que movía a Paulette era más fuerte a todos los contratiempos que debieron soportar. Mosquitos implacables, escasez o carencia de algunas comodidades

para este tránsito por las islas que esperaba como «las últimas encantadas».

Confieso que Darwin, Melville y Paulette Rendón se han constituido en la motivación constante de este viaje. De allí mis constantes reiteraciones.

«En una palabra, este archipiélago forma por sí solo un pequeño mundo, o más bien un satélite adjunto a América, de donde ha sacado algunos habitantes y del cual procede el carácter general de sus producciones indígenas. Viendo todas las colinas coronadas por sus cráteres y marcados todavía los límites de cada corriente de lava, hay motivo para creer que, en una época geológicamente reciente se extendía el Océano donde se encuentran ellas hoy. Así pues, tanto en tiempo como en el espacio nos encontramos frente a frente del gran fenómeno, del misterio de los misterios: la aparición de nuevos seres sobre la tierra».

CHARLES DARWIN

«Poseedora de algunos veneros de agua y favorecida con una risueña naturaleza, la isla de Floreana era, por esos años (siglo XVII) visitada de vez en cuando por barcos balleneros. A ellos su Majestad siempre les había exigido tributos, contribuyendo de ese modo a sus rentas. Pero ahora eran otros sus designios. Mediante malas artes y halagos consigue, de vez en cuando, engatusar a algunos marineros, haciendo que abandonen sus barcos y se alisten bajo su bandera. No bien los capitanes se dan cuenta de que sus tripulaciones quedan mermadas, piden permiso para ir en busca de ellos. Entonces su Majestad las esconde cuidadosamente y procede luego a conceder el permiso para su búsqueda. De modo que los prófugos no se encuentran nunca y los barcos tienen que hacerse a la mar sin ellos».

HERMAN MELVILLE

«Una mañana muy temprano, cuando bajo la lluvia descuartizábamos como salvajes, con una desmaña lastimosa, un puerco recién muerto, creímos oír el zumbido de un motor de avión. No, era el soberbio y magnífico yate del americano Astor que llegaba a Playa Prieta y luego aparecen en nuestra meseta un

millonario, su mujer y varios amigos, en tenida liviana y empapados. Entre ellos había un príncipe ruso, un conde italiano, una mujer joven morena, bonita, de sombrero de paja, y tres hombres cargados de equipos cinematográficos que vienen a visitar la tumba de Ritter. Nosotros fuimos en busca de los Wittmer para que dieran su versión sobre los sucesos de la pareja.»

PAULETTE RENDÓN

Mi paso por Floreana también fue de perplejidad, no obstante la copiosa información y haber leído varios libros sobre todo el archipiélago. Pero debo confesar que Darwin, Melville y Paulette, fueron mis guías en cada lugar que visité. Siento la huella espiritual de las sendas que hollaron y de cuya prodigiosa sapiencia algo hemos recogido. También rondan en nuestras mentes las acciones de aquellos corsarios, piratas y bucaneros. A todos ellos en las noches estrelladas los veo timoneando las estelas de sus barcos y más de algún barco fantasma, haciendo de la realidad una nueva fantasía.

Pero cuando hablo de mi propio asombro, había leído en uno de los libros que el Dr. Ritter fue un destacado odontólogo en Berlín, para su viaje al archipiélago se extrajo todos sus dientes y se colocó de acero, que no cabe duda eran más firmes; con esta operación se hizo famoso; sin embargo no se dice nada si su mujer lo imitó. En todo caso en mi viaje, cerca de cuarenta años después de Ritter, me encontré en Floreana con un matrimonio también alemán en que ambos usaban esta dentadura. Malos estaban mis dientes en esos años y no los habría cambiado por acero. ¿Hubo influencia del Dr. Ritter en otros alemanes sobre estos trabajos dentales?

Los sucesos de este grupo de gentes que arrancaban de una Alemania aproblemada por la situación post Primera Guerra y pre Segunda significó la desaparición de casi todos ellos en la isla. Tanto la baronesa Wagner o Bousquet de Wagner desapareció con uno de sus amantes y el otro sufrió una horrible muerte en un islote cercano. Posteriormente, Ritter muere en forma muy dudosa y su mujer Dora huye a bordo de un enigmático velero protegida por su capitán. Pero hay autores que cuentan que el Dr. Ritter fue envenenado por un pollo que le regalaron los Wittmer, un día antes que llegara el barco que lo vendría a buscar.

Los Wittmer se consolidaron con sus hijos y el mayor de ellos, sabedor del alemán —su lengua madre—, inglés y castellano por necesidad, joven, se convirtió en guía para asesorar a cuanto turista llegaba a Floreana y contarles los cuentos ya transformados en historietas truculentas.

Nunca se supo si Ritter y su mujer tuvieron algo que ver con espionaje al servicio de alemanes o japoneses. Comentarios sí los hubo e incluso se argumentó sobre planos de las islas y comunicaciones a través de los barcos o yates que recalaban. Nada se probó de alguna relevancia, no obstante ello, su misteriosa vida y desaparición se ha convertido en una especie de leyenda.

Después de algunas cortas caminatas, aunque cansado volví a mirar el lugar del Post Office, extraño paraje atravesado por senderos de arena gruesa y bloques de rocas volcánicas.

Las leyendas las siento tan fabulosas como las islas mismas. Tesoros enterrados que otros han buscado para tejer nuevas historias, seguramente para echar un poco de tierra al bandidaje de la piratería. Así se recrean las fantasías. Todo se reviste de hechos alucinatorios tramados en un tejido mezcla de arte y embrujo, que no obstante los siglos transcurridos, uno termina por dejarse llevar en este carro de encantamiento de las islas que hace bien al espíritu en dosis moderada.

Mi afán de contar o novelar historias me impulsan a referirme de nuevo a W. Dampier, navegante inglés nacido en el condado de Sommerset en 1652. Hijo de labradores modestos, tuvo muy poca escuela y al haber quedado huérfano muy niño se incorporó de grumete a un barco que lo llevó a Terranova. Él mismo cuenta sus sufrimientos en este viaje y en un momento pensó renunciar a su calidad de marino, pero otro viaje a las Indias orientales lo motivó de nuevo, despertándose en él el amor por la aventura. Su vida adquiere rasgos muy especiales ya que ingresa a la marina inglesa y participa en dos combates contra los holandeses en uno de los cuales fue herido. Restablecido partió a Jamaica en calidad de vigilante o custodio de una población, trabajo que no le agradó porque era muy tranquilo para su temperamento locuaz. En Campeche conoce a unos filibusteros u hombres de la aventura, banda dirigida por piratas la que participa en el incendio de la ciudad de Santa María, cuyo propósito era atacar Panamá.

Allí se produce un hecho singular en que estos filibusteros o corsarios se lanzan en combate contra varios navíos españoles anclados en la isla Perico, muy cerca de Panamá.

El botín no fue excelente y Dampier con otros de la banda se fueron a la isla de Juan Fernández. La relación de sus viajes, contada y escrita por él mismo, contiene observaciones de un verdadero marino, dotado de gran penetración y un entendimiento muy claro. A veces, o muchas veces, precisa los lugares o parajes en forma breve y exacta. Un buen naturalista, se preocupó de la Botánica, de la Geología, debiendo reconocerse que prestó bastantes servicios a las ciencias. Así es como se ha llamado una planta que crece en Nueva Holanda: «Dampiera», perpetuándose el nombre de este navegante. Dampier, Cowley y algunos otros, hombres que la adversidad, la persecución y a veces inquietudes, incontrolables los apartaron de las normas de la sociedad y buscaron otros caminos, determinando su propia conducta.

Tengo que releer a Melville y citarlo: «En espacios apacibles en las partes superiores de los claros y en las sombreadas cimas de faldas que dominan el más silencioso escenario, ¿qué creéis que vi?, bancos que bien podrían haber servido para brahmanes y presidentes de organizaciones pacifistas. Hermosas y viejas ruinas, que en otro tiempo fueron simétricos canapés de piedra y césped, presentaban las señales denunciadoras de la labor artística y de antigüedad y, sin duda eran obra de los bucaneros. Una de ellas había sido un gran sofá, con respaldo y brazos, exactamente un sofá que hubiera hecho las delicias del poeta Gray».

Si bien los bucaneros permanecían meses, utilizaban el lugar para el almacenamiento de mástiles, velas y barriles; es sumamente improbable que llegaran a levantar casas en la isla. Incluso es probable que durmieran a bordo de sus naves. De todos modos, en tanto perduren esas ruinas de los bancos de la Barrington o Santa Fe, quedan en pie los monumentos más singulares para testimoniar que no todos los bucaneros fueron monstruos despiadados. ¿Será posible que robaran y asesinaran un día, se entregaran a la orgía al siguiente, y descansaran después, convirtiéndose en filósofos meditabundos, poetas bucólicos y constructores de divanes? Con todo, por extraño que pueda parecer, debo atenerme al pensamiento más caritativo. Y hay que admitir que entre estos aventureros había

algunos espíritus bien nacidos y sociables, capaces de una entereza y una virtud genuinas.

Mas, no termina todavía el novelesco historial de Floreana, y es bueno contar que el gobierno ecuatoriano siempre ha hecho esfuerzos por el desarrollo del archipiélago y particularmente en algunas islas, uno de cuyos casos es ella.

En febrero de 1832, se entregó terreno a los primeros 80 habitantes que llegaron a la isla, eran soldados de un batallón que se había sublevado en el continente. Fueron enviados a Floreana en calidad de colonos, dictamen que venía a constituir una eliminación de la pena a que pudieron ser castigados. Autor de esta solución fue el General Villamil estando presentes el Juez de Paz y el capellán doctor Eugenio Ortiz. Al poco tiempo, José de Villamil fue designado Gobernador General del Archipiélago con sede en Floreana. Allí inició la explotación de la orchilla con esos primeros colonos, apoyado también por los bienes que había llevado: ganado, caballos, cerdos y otros animales domesticados. La orchilla es una especie de liquen, propio del Ecuador, cuya materia colorante —la orcina— se usa especialmente en la industria del tejido. La artesanía que hasta hoy usa esta sustancia se luce y es bien recibida en mercados extranjeros.

Curiosos hechos inducen a repensar en lo que «esperan estos hombres» de estos lugares aislados e inhóspitos donde se instalan para realizar su obra.

¿Qué fue lo que determinó que Villamil renunciara a la gobernación del Archipiélago para dirigirse a Panamá? ¿No confió en su proyecto habiendo forjado tantas ilusiones además del bagaje en bienes que aportó a la isla? Son interrogantes que uno se pregunta por lo que ocurrió a continuación.

Villamil fue reemplazado por el coronel J. Williams, quien se estableció con una guardia muy especial, integrada por marinos extranjeros dados de baja, desertores de los barcos balleneros que pululaban por las islas en busca de las grandes tortugas. Sin embargo, este mal hombre empezó a obligar a los colonos, a los habitantes de la isla y a los deportados a trabajar en forma brutal solo para él, sin reportarles nada, salvo hambre y sufrimientos. No hubo autoridad sobre él capaz de impedir tremendas iniquidades.

La situación creada por este tiranuelo inescrupuloso, llevó a los

isleños a una rebeldía total, por lo cual el coronel debió emprender la fuga. Había frustración y pánico y los pobladores prefirieron arrancar después de la violencia.

Impuesto de los sucesos, Villamil regresó de inmediato a la isla, pensando o creyendo poder rescatar su obra; sin embargo Floreana siguió despoblándose al colmo que sólo eran unas cuantas almas las vivientes. Decidió entonces llevar una parte del ganado a otras islas, donde ha podido desarrollarse y crecer a pesar de los contratiempos del traslado.

Este desgraciado hecho causó un serio trastorno entre los colonos porque anuló el interés por la obra comenzada. Y entre los pocos abandonados en la isla, quedó un bandido de nombre Briones quien al tanto de los sucesos que ocurrían en Ecuador, de orden político agravados por una oposición civilista, se mezcló a la revolución.

El bandido Briones, junto a otros siete desalmados se apoderaron de un ballenero y yendo a la isla Chathan o San Cristóbal en este barco usurpado, tomaron prisionero al general Mena, exrepresentante de los derechos de Villamil en Floreana. Luego lo mataron a bordo de su barco. No mucho después, este grupo de bandidos se dirigió a Guayaquil, sin embargo antes de alcanzar el puerto, abordaron dos naves cargadas con varias decenas de partidarios del general sublevado. Allí sin vacilar crearon una situación catastrófica dando muerte a marineros y pasajeros. Considerándose triunfantes pretendieron recibir homenajes del gobierno que se había establecido recién. Sin embargo, no lograron lo pretendido, y fueron tomados prisioneros y luego ejecutados.

Volviendo a la realidad del Archipiélago, considerado de importancia universal sin parangón, ya que siendo «Un Arca de Noé» para muchos, por la sobrevivencia de especies únicas en el mundo, agrega un valor estratégico por su ubicación en el Océano Pacífico. Estados Unidos hizo un intento de apropiación en 1812 a través de un capitán a cargo de una expedición militar contra cazadores de ballena ingleses; por tal motivo el marino sufrió una amonestación, ya que la toma del archipiélago la hizo por cuenta propia, sin orden de la superioridad.

En todo caso, el Ecuador estaba consciente del valor estratégico del archipiélago.

La Segunda Guerra aún no se divisaba, pero estaba cerca. Los países, los grandes países en especial los europeos, antes de 1939 cuando estalla el conflicto, ya habían tomado sus posiciones para su defensa, y estaban preocupados de la situación de islas en distintas regiones que sirvieran a sus intereses. Entre ellas figuraba el archipiélago de Galápagos.

Estados Unidos que no interviene en el conflicto de inmediato, tenía su política muy clara como es su costumbre de viejo uso. Sin embargo, ya bastante avanzado el conflicto bélico, el 11 de diciembre de 1941, Estados Unidos ocupa las islas de Ecuador y se inicia la acción bélica de las escuadras norteamericanas y japonesas en el frente del Pacífico, en respuesta al ataque japonés a Pearl Harbour, importante base norteamericana.

Para poner una especie de broche en «Floreana», debo recordar al capitán de navío en retiro, César Puente Godoy, casado con una chilena de Concepción. Éramos de la misma edad. Alumno de la Escuela Naval Arturo Prat de Chile, había navegado en el buque escuela «Baquedano», había doblado más de una vez el Cabo de Hornos, en cruceros de ida y vuelta por Australia y Oceanía. En una de las varias conversaciones, le conté que le había obsequiado «El último grumete de la Baquedano» al capitán del «Bucanero», Jorge Game Castro, quien había hecho cursos de oficial de Estado Mayor en la Marina de Chile. Eran amigos no sólo por ser marinos, y cuento luego la siguiente anécdota de César Puente porque se relaciona con mi país:

Ambos habían leído mi pequeña obrita porque conocían el buque escuela desde su paso por Chile. Pero a bordo, Game le pasó el libro a Puente para que me narrara algo muy propio. Me mostró una ilustración de Jorge Délano (Coke) donde la nave va navegando viento en popa con temporal: «Allí en esa verga del palo trinquete estuve castigado una vez cuatro horas.

—¿Por qué?

—Porque no quise cortarme los bigotes. Cuando me lo ordenaron les dije que era un ciudadano ecuatoriano, que me educaba en la Escuela Naval Arturo Prat por invitación de Chile.

—¿Y no se los cortó después de bajar del canastillo del trinquete?

—No, y todavía los llevo…»

Después a bordo, bebo un ron con hielo para pasar el calor. Seguro que la mezcla del ron y el hielo apaga la sed, bebida tan gustada en los países de centro América. Y es bueno agregar algo sobre este clima tropical. A veces la temperatura se hace en extremo dura y se transpira demasiado. Entonces la sed agobia; afortunadamente uno puede cargar su mochila aunque tengamos que beber el agua no muy fresca. Estas no son historias de viajeros antiguos, sus hombres de mar a menudo se sintieron tan atormentados por la sed que incluso recurrían a la muerte de animales, y en primer lugar las focas que era lo más próximo que tenían, para beber de ellas su sangre que manaba por la herida abierta. Y aún veo sus grandes bigotes con las puntas hacia arriba y una ligera sonrisa, después de tantos años…

Nuestro itinerario continúa hacia Santa Cruz, la isla Indefatigable, nombre que le dieran los ingleses. Es la segunda en extensión y tiene el mérito de ser el centro vital del archipiélago.

Es curiosa esta isla montañosa que tiene muy cerca unas islas e isletas, pero que no le impiden tener un buen puerto a través del pasaje que queda entre ella y la Seymour.

No es exagerado decir que las impresiones que uno recibe en estos traslados y abordajes aumentan a más y mejor. Aunque se repitan los paisajes de lavas interrumpidos por hoyos de cráteres, sobrecoge su esterilidad en la parte baja de la isla. Estos hoyos se rodean de enormes cactus con brazos maltrechos, anudados, retorcidos, que se levantan como protesta ante la naturaleza que les da acogida. Nuestra naturaleza tiembla. Mas, luego uno se acerca a otro panorama que revitaliza el espíritu al encontrarse con la bahía cuyas aguas tienen una belleza extrañamente tersa porque el mar en conjunción con el sol le dan un colorido soñado sólo por la fantasía.

En la parte norte de la isla encontramos los contrastes. Otras tierras. Otro paisaje. El ambiente lleno de vegetación, acantilados cuya esplendorosa belleza deslumbra por el vórtice desatado del oleaje que se deshace en espuma para recogerse al mar. Allí están las playas de fina arena acogedoras de lobos o focas que se agrupan cerca de piedras negras, lustrosas por la fuerza de las aguas. En medio de manglares fabulosos, pozas en que se reflejan los delicados flamencos de color rosa; y, en la altura, los frutos de la tierra abundantes y variados hasta aquellos que sirven para forraje

de los animales, ya que aquí en Santa Cruz hay buena crianza de ganado, especialmente vacuno, entre otros; factores muy positivos para el mayor desarrollo de la isla, cabeza del archipiélago.

Nuestros intereses tienen que concentrarse en uno o dos lugares para lograr algo de nuestras expectativas. Creo que por mis lecturas de Darwin, cuyo viaje alrededor del mundo de tan alta misión científica y relevante, me impresionó profundamente, me correspondía visitar el lugar donde se encuentran las iguanas que según el sabio vagan silenciosas cual representantes de una extraña escena ciclópea, al tiempo que las califica como uno de los animales más feos dados por la creación.

Por ello le copio su descripción: «Parecidas a una lagartija, de tres pies de largo; de color negro sucio; con… una especie de melena "callosa" sobre el cuello y espalda; y largas garras y cola». Los únicos reptiles buceadores que saltan por entre las numerosas colonias que allí abundan y que se zambullen por varios minutos a fin de procurarse sus algas que son su alimento primordial. Pertenecen a la fauna de anfibios tal como las focas y lobos marinos. Sin embargo, son las iguanas marinas las más abundosas en esta isla y como dan la impresión de un fabuloso o mítico dragón, para muchos, Santa Cruz tiene la impronta de un lugar prediluviano. Es propia de la zona o endémica, y su cualidad maravillosa es haberse adaptado a la vida del mar.

Notable la característica de la iguana marina, ya que este amable dragón, nombre más popular con que se le conoce, animal de sangre fría, se empapa o se baña de sol en rocas cuyas temperaturas alcanzan los 50° C. De este modo el «dragón» logra una temperatura de alrededor de los 35º, muy adecuados para su vivencia.

Miro y vuelvo a mirar este extraño animal y no comparto la opinión del sabio Darwin al decir que es el animal más feo que ha visto. Sin embargo tengo que admirarlo por su sobriedad y magníficas descripciones que permanecen valederas hasta hoy. Para mencionar algo, sus estudios geológicos, y para qué hacer referencia a su desbordado interés por la fauna que lo llevaría a elaborar la más revolucionaria teoría, el «Origen de las especies».

La iguana gigante de las Galápagos, «Conolophus subcristatus» mide alrededor de 1 metro y se alimenta de cactos, sin embargo la

verdadera gigante es la iguana marina o «Amblyrhynchus» cuyo tamaño es de alrededor de un metro y medio, se alimenta de algas marinas, tiene tanto cuerpo como cola. Interesante es su membrana protectora, especie de cortina que corre y descorre de un extremo a otro del ojo. Según cuentan, los científicos están estudiando las nuevas propiedades que encierra esa protección del ojo. Puede que ya se haya descorrido el velo del misterio, y si no, quedará algo inquietante para los estudiosos. También la iguana de tierra como la marina, defienden sus territorios para alejarse de sus rivales, lo cual no impide que se suscite la violencia y se peguen de cabezazos, hasta ser posible que pierdan más de un diente.

Me han indicado donde está la Estación Biológica Charles Darwin puesto que era mi otro interés y hacia allá dirijo mis pasos. Centro importantísimo en lo que es una parte del Gran Parque Nacional de Galápagos. La Estación Biológica es asesora de todo el atrayente y educativo espacio en materias de conservación de especies propias del archipiélago. Se vive un encantamiento, que responde a la admiración y fantasía creativa que origina. A pesar de los numerosos libros y documentos, fotografías y documentales de cineastas, todo ser que encamina sus pasos por estas islas, siempre agregará una nueva visión a la suya. La delimitación de las zonas de reserva es el mejor seguro para la protección de este patrimonio de la humanidad que no tiene ningún otro comparable.

Dentro del parque, como se ha dicho, está la Estación Biológica Charles Darwin.

Ubicada en Bahía Academia, en la costa sur de la isla, se yergue detrás de una playa rocosa que tiene un delicado y tupido bosquecillo del cactus Opuntia con un césped en que sobresalen sus troncos anaranjados de no más de dos o tres metros. La Estación cuenta con fondos fundamentalmente proporcionados por la UNESCO, además de contribuciones del propio gobierno y de otros estados interesados en el desarrollo y cumplimiento de los objetivos trazados. Según lo establece la fundación de este organismo, sus objetivos centrales son: proporcionar las mejores y adecuadas facilidades a los biólogos que la visitan y proteger la conservación de esa única vida natural vulnerable en lugares que se denominan de RESERVA.

En la época de mi viaje tuve una buena relación con Felipe y

Degel, funcionarios a cargo de la Estación. El primero, un joven belga, doctor en biología, era un funcionario especializado, reconocido por su trabajo en la UNESCO. El otro, de la misma nacionalidad, realizaba tareas de divulgación e información sobre los valores de las islas. Conservo un regalo de ellos. Un breve y ameno libro de Melville, «Las Encantadas», donde Degel en una página en blanco me dibujó un hermoso velero «The wind», con la firma de ambos. Felipe y Degel conocían muy bien su oficio en la Estación. Sus oficinas cuentan con amplias salas de estudio, buenas y acogedoras bibliotecas con materiales en variadísimos idiomas, habitaciones para investigadores; en resumen, es un lugar de estudio y para la investigación por la calidad de recursos con que cuenta. Estos dos estudiosos llevan años allí y el contacto con ellos a través de la conversación nos hace comprender su calidad de científicos. Dos hombres jóvenes, arraigados en las Galápagos cuyo interés es incrementar sus conocimientos, a través de contactos, torneos y participación en Congresos cuya temática sea la protección de la naturaleza en procura del bienestar de la flora y fauna en amplitud.

Hay que retirarse un poco de las construcciones, acercarse a un barranco para encontrarse con la «Casa de las Iguanas». En ciertos momentos, descienden desde las piedras y llegan a comer donde un residente las ha acostumbrado a recibir sus raciones de alimento, a la hora propicia para que después disfruten del sol tropical. Podría ser un buen cuento sino fuera porque el señor Angermayer se construyó una gran casona donde llegan las iguanas a gozar de la hospitalidad del anfitrión. Por cierto, él es un hombre de recursos que mantiene cultivos y cantidad de ganado. Lo que no obsta para que sea un buen protector del medio natural.

Después y para cerrar este «encuentro» con la Santa Cruz, me fui a La Reserva, donde he tenido la visión más interesante y hermosa que puede recibir un espectador. Allí, en el lugar denominado «Bahía Tortuga», una esplendorosa extensa playa que se interna en el mar, está el sitio donde se albergan varios miles de tortugas gigantes, las que parecen tranquilas porque han encontrado su medio natural seguro donde «creced y multiplicaos» es una realidad.

La belleza de otra colonia de flamencos, y la abundancia de langostas se agregan a la riqueza de su fauna endémica maravillosa. Bien valía la pena llegar a estos lugares ya que la tortuga o galápago es el símbolo del archipiélago. Se dice que éste animal, uno de los más antiguos del orbe, evolucionó hace más de setenta millones de años propagándose por el planeta; sin embargo, sus congéneres del resto del mundo desaparecieron hace miles de miles de años, sobreviviendo escasas especies en el Archipiélago de Colón y en algunas privilegiadas islas del Océano Indico.

La extinción de este animal gigantesco ha sido motivo de diversas investigaciones; entre ellas, una muy interesante es la del estudio de las vegetaciones de los lugares donde desaparecieron y donde hoy se conservan.

Su condición siempre en peligro obliga a una rigurosa protección y especial ayuda para que se reproduzcan. Los científicos, como se ha dicho, han estudiado hasta la saciedad todo lo que dice relación en teoría y práctica para el resguardo de sus vidas. Y es precisamente lo que se está haciendo en esta isla Santa Cruz, la reserva más importante en el Archipiélago.

Curioso es que las tortugas que viven en las islas de este gran parque natural, no tienen todas las mismas características, ya que el habitat varía de uno a otro sitio, y ello es justamente lo que impulsa a los hombres de ciencia a «conocer el por qué» de sus diferencias. Me entretengo con mis amigos de la estación con su sabiduría: estas tortugas comen una gran variedad de alimentos, algunos poco apetitosos. Otros, como la manzana silvestre, frutos del árbol manzanillo cuya savia causa quemaduras en la piel e incluso puede provocar la muerte en los humanos. Sus hábitos son similares a los de un ser normal: se despierta entre las siete y ocho de la mañana, luego se asolea de modo que su voluminoso peso de hasta 100 o

más kilogramos se entibie lentamente.

Melville, siempre presente, dice en *Las Encantadas*: «era como si acabaran de salir de debajo de los fundamentos del mundo, como si fuese precisamente sobre esas tortugas sobre las que reposara el universo, según la creencia de los hindúes… Cerca de ellas se experimenta la sensación de eternidad».

Un rasgo muy interesante que diferencia a unas de otras es su caparazón o concha. Una tiene un tipo de cúpula, y la otra es la que se conoce como tortuga con montura que es más atractiva por su altura. Darwin fue el primer estudioso que señaló las diferentes clases de tortugas en las distintas islas, no obstante las cortas distancias entre ellas y que tienen clima parecido. Se sabe ya que hay otros factores como la vegetación y los senderos por donde atraviesan o los lugares que son acogedores para ellas.

Así por ejemplo, la tortuga de cúpula en las islas de pobre vegetación baja y caminos accidentados, son factores que la han configurado con pata y cuello más largo, viéndose más hermosa por su rítmico andar bajo esa inusual silla de montar.

Entre tanta fantasía, está la tortuga de carey que vive en aguas superficiales, relativamente pequeña, con un sentido de ubicación que le permite estar en una misma zona por largos años. Se retira de ella nada más que para anidar o buscar su alimentación. Afortunadamente para este quelonio, la aparición de los plásticos le ha dado más sobrevivencia ya que era apetecida también por el material o sustancia córnea que está bajo las escamas de la caparazón.

De paso, debo recordar los peines de las damas antiguas sobre los cuales se colocaban sus mantillas, hechas de este delicado material. Conservo uno de mi madre cuya confección me imagino es española. Además, la pelota de carey famosa por su liviandad y colorido dio origen a una canción. Hoy día no se ven en los mercados populares, y a veces en alguna vitrina con antigüedades. Los días transcurren con rapidez acelerada y el hombre no se harta nunca de hallar nuevos asombros. En todo caso, creo que Santa Cruz deja profundas huellas y reflexiones.

Siento este viaje un poco incorporado a mi piel, a mis huesos y creo que me ha dado y entregado lecciones, me atrevo a decir perdurables. Talvez el aprendizaje mayor ha sido palpar algunos

hechos tan impresionantes, volcanes desaparecidos y otros en extinción que a veces se incendian, especies de apariencias muy extrañas o próximas a lo sobrenatural que, según los sabios y entendidos, sólo se encuentran en este Archipiélago; sirvan de ejemplo los reptiles herbívoros agrupados en masa en las costas de lava, que se han creado su propia morada para su existencia.

Entre ellos, las siempre admiradas iguanas marinas que se aventuran en su buceo bajo el mar, donde se alimentan por medio de esos dientes de filo de cuchillo con las algas que extraen de la alfombra verde del fondo oceánico. Tanta maravilla en un conjunto desordenado de islas e islotes, en el gran Pacífico, frente al Ecuador ha dado y seguirá dando para la investigación.

De regreso al hotel reviso mi itinerario, sin dejar antes de revivir algo o mucho de lo visto. Sin embargo, se me ha señalado que la próxima isla será San Cristóbal.

Tiene un significado de relevancia para cada uno de los ecuatorianos, ya que en 1973 un día 18 de febrero, el general Guillermo Rodríguez Lara, Presidente de la República, acompañado de una comitiva oficial, llegó a esta isla donde firmaron un Decreto de Provincialización de las Galápagos y designándola capital provincial. Aquí reside el Jefe Territorial del archipiélago y es la base de los campamentos militares de Ecuador.

San Cristóbal tiene una población cercana a los 1500 habitantes, un tanto flotante, pero no baja de esta cantidad. Dedicados tanto a la agricultura como a la pesca. No obstante, hay varias fincas o chacras con cultivos diversos, el paisaje tiene un rostro de desolación. Alrededor del puerto donde ancló el barco, el mar es hermoso pero la lava basáltica que rodea toda su extensión nos sobrecoge. Son bloques de intensos negros, agujereados y rugosos. Aquellos que están más cerca del mar toman una brillantez que hiere la vista. Por fortuna, retirándose de allí se encuentran lugares de mucha belleza.

Situada al este del grupo de las islas, es una de las mayores en extensión. En una extremidad se levanta un pico de 759 metros de altura. Un escritor dice que sus playas son risueñas y que viven más o menos quinientos habitantes entre pescadores y unos cuantos dedicados a la agricultura. San Cristóbal cuenta con agua dulce, lo que es un verdadero privilegio. Hay muchos huertos frutales, con

buena calidad lo que favorece la exportación. También hay caña de azúcar y café lo que indica que si hay un buen manejo en este campo de la economía habría un progreso más evidente, sin embargo se observa en algunos lugares la multiplicación de pequeños arbustos que se han convertido en plagas, lo que crea un problema serio para el ganado que se mezcla con aquellos en estado semisalvaje.

Es bueno decir que no se tiene aquí el verdor exuberante de la costa, empero el mar siempre trae una esencia lejana.

La laguna de agua dulce «El Junco» es un bello paraje en medio de la isla, en el cráter de un volcán. Su origen es la precipitación lluviosa de la zona y tiene casi seis metros de profundidad.

Isla pródiga en pequeñas lagunas y arroyos que descienden hasta Puerto Baquerizo que es un cantón importante de la provincia. Es la sede de las autoridades civiles, militares y religiosas y donde se concentra la mayor parte de la población. Aquí llegaron una serie de noruegos en calidad de colonos, convencidos de que esta isla y Floreana eran un verdadero paraíso por sus condiciones para el desarrollo agroindustrial.

A su llegada, estos ingenuos inmigrantes se enfrentaron a una realidad tan adversa que los abatió seriamente. Empero no desfallecieron y se distribuyeron en las dos islas: Floreana y San Cristóbal. Sus planes se iniciaron en Floreana con una industria pesquera. Y en San Cristóbal se dedicarían a la agricultura. De nada les valió el entusiasmo y el esfuerzo. Ellos a la postre fueron derrotados, según cuenta una descendiente de un noruego que se casó con un ecuatoriano. «La lava improductiva no les permitió realizar sus sueños». De a poco, fueron abandonando la isla, más pobres, pero en todo caso con una sabiduría aprendida en terreno. En San Cristóbal hay varias casas, en primer lugar las de las autoridades, y otras donde viven los residentes ecuatorianos. Entre ellas se destaca una que fue dejada luego que se retiraron los miembros norteamericanos, después de finalizada la II Guerra Mundial. Llama la atención porque asemeja una casa escandinava, con balcones abiertos hacia la montaña. Justamente esa cómoda y alegre vivienda es de uno de los noruegos que formaron familia en la isla.

Hacia el noreste, San Cristóbal tiene un monte de una altura de

alrededor de 800 metros, por donde descienden caballos en completa libertad, no domados, en número apreciable; no se parecen a los baguales patagónicos. Pero así como descienden, también trepan a la montaña en un constante desafío.

A veces, nos cuentan, se producen sorprendentes apariciones y pariciones en cualquiera isla. Aquí sucedió algo muy singular a lo que se ha prestado la mayor atención. En la parte noreste de San Cristóbal, cerca de 1980 se encontró una pequeña colonia de galápagos, con un número aproximado de 600 tortugas, propias de la isla y cuya especie se habría extinguido. Desde ese momento, hay una preocupación constante en Caleta Tortuga, cuyo trabajo se asocia siempre al nombre de Charles Darwin quien la visitó en 1835. En la Capitanía del Puerto, está el busto del sabio con una placa recordatoria, homenaje que se le rindió por una comisión de científicos venidos de distintos países para celebrar el primer centenario de su visita a las Islas Encantadas como él las llamara: «El misterio de los misterios».

Uno siente la admiración de los «galapaguenses» por el homenaje que han rendido al sabio con este busto ubicado en la Capitanía del Puerto, de igual manera han dejado una lápida que recuerda la muerte de un pescador y de su padre que murieron perdidos en el océano al no poder alcanzar una orilla de costa. Su viuda, en avanzado estado de embarazo, fue retenida en su intento de lanzarse al mar para encontrarse con sus deudos. A veces existe esta mano marina solidaria, o el aliento de una voz de boca a boca para salvar una vida a punto de extinguirse. La isla tiene lugares que dejan de ser desolados, principalmente en la región costera estéril y pedregosa. Empero, el «Bucanero» se ha arrimado a una bahía de corrientes suaves con un mar verde claro. Al caminar, contemplamos un verdadero acuario donde resplandecen los coloridos peces que forman grupos y grupillos que se entrecruzan haciendo juegos o piruetas en el agua relumbrante.

A pesar del placer que nos entrega esta visión, los contornos del puerto son verdaderos muretes de lava que nos sale al paso a cada instante. También encontramos playas blanquecinas que contrastan con el negro carbón que dejaron o han dejado las acciones de los volcanes.

Bello paisaje es el «León Dormido», un islote que tiene la forma

suya como si estuviera recostado: dos altos farallones descienden en forma vertical hacia el mar agregando más belleza y singularidad por el canal de aguas tranquilas que los atraviesa.

Pero además se puede disfrutar de un panorama interesante donde están las cuevas que son producto del choque del magma al estrellarse contra la agresión permanente del mar.

Allí están los inmensos pájaros que vuelan por la bahía: son los rabihorcados, aves tropicales que corresponden a los que nosotros llamamos albatros. Hay varias diferencias entre unos y otros, pero son parientes muy cercanos. A los de Ecuador les cuesta levantar el vuelo porque son de patas cortas y alas muy largas. El de Chile que habita en nuestras costas es más proporcionado, y se hace más gracioso ya que puede desplazarse a grandes velocidades aprovechando las corrientes de aire. El macho de estas aves marinas, tiene bajo el pico una bolsa de intenso color rojo por lo que uno lo identifica rápidamente. Mas, todos los albatros al igual que otras aves marinas tienen unos orificios nasales abultados que les sirve para expulsar la secreción de las glándulas de la sal; de otro modo dado que vuelan tantas horas a mar abierto, la corriente de aire les impediría que pudieran eliminar la sal.

Además de esta característica, los albatros, en una etapa de su vida en que alcanzan la adultez, realizan un juego amoroso que ha sido llamado por algunos poetas «la danza nupcial del albatros». Se trata de una clara postura o actitud para «llamar la atención», en que macho y hembra se seducen con movimientos y saltos cortitos, uno alrededor del otro, todo con ritmo hasta llegar a la aproximación total en que acercan sus picos y los hacen castañetear. Para imaginar el resto, se puede pensar que había rechazo del uno hacia el otro, como también podría ser la consumación del amor.

Sólo me falta al regreso de este ir de isla en isla, pasear, con una nueva mirada después de este enjundioso periplo, por la Española o (Hood). Está al sur del archipiélago y frente a Floreana; isla plana calcinada por el sol abrumador que solo permite una pobre y escasa vegetación.

Es la más próxima al continente, y talvez sea aquí donde se puede apreciar la constante lucha entre el mar y las rocas, aunque no logre avasallar al roquerío. La isla tiene serias carencias por lo

que no ofrece posibilidades de desarrollo agrícola o industrial. Por eso es más bien una isla solitaria, sin moradores; pero tiene una permanente atracción de visitantes porque allí se encuentra el más noble silencio, aunque vuelen los pájaros y se desplacen los chivos por todo el lugar. Además es el gran vivero de albatros y en especial del ecuatoriano propio de las Galápagos.

Se ven muchas rocas escarpadas al mismo tiempo que la erosión deja una impresión de que la isla está muy sola, ya que la aridez y la falta de aguas lluvia no permite el desarrollo agrícola ni industrial. No obstante, tiene puntos de interés, ya que hay mucha cacería de chivos y se ha podido conservar ejemplares de una rarísima tortuga «testudo hoodensus» originaria de este lugar.

Todas las islas del archipiélago tienen historias y leyendas; a mí la que más me ha intrigado es la de esta isla, en principio, porque Melville le dedicó un poema a un personaje extravagante que se asegura vivió en esa isla deshabitada, a comienzos del siglo XIX. El ermitaño Oberlus en la isla Hood (en tiempos de Melville la Española se llamaba Hood).

Su soledad inabordable hizo que se transformara en un ser peligroso temible hasta por los que en un comienzo le ofrecían licor o cigarros. Habían conocido su peligrosidad luego que tomó de esclavo a un miembro de la tripulación de un barco de contrabando. Pero como hombre osado que era se le escabulló y dando noticia a sus compañeros lograron atraparlo y llevarlo al barco donde fue duramente castigado.

Así se supo más de su historia ya que fue despojado de todos sus bienes hasta unos cuantos dólares obtenidos de su intercambio comercial. El fin de esa historia se encuentra en una carta que habría dejado puesta en un clavo enmohecido en su choza en la hora de su deserción.

Y vuelvo a Melville que cita algo de su carta porque lo considera un escritor consumado y no un simple patán, capaz de la más sombría elocuencia.

»Señor: soy el más infortunado y maltratado caballero que exista. Soy un patriota, exiliado de mi país por la mano cruel de la tiranía.

»Desterrado a esas Islas Encantadas, una y otra vez supliqué a los capitanes de barcos me vendieran un bote, pero siempre he encontrado su negativa, pese a que ofrecí bonitas sumas en pesos mejicanos. Por fin

se me presentó la oportunidad de hacerme con uno, y no la dejé pasar.

»Desde hace largo tiempo me esfuerzo, mediante el rudo trabajo y no poco sufrimiento solitario, por una vejez virtuosa aunque infortunada; pero en más de una ocasión me he visto asaltado y escarnecido a golpes por quienes se decían cristianos.

»Hoy parto del archipiélago de las Encantadas, a bordo del excelente bote "Caridad", con destino a las islas "Fidji"».

«El Huérfano Oberlus»

Melville termina su historia con una advertencia para el lector: «Si se pone en tela de juicio la posibilidad de existencia de este personaje, pueden recurrir al volumen segundo del "Viaje por el Pacifico de Porter", donde reconocerán no pocas frases de las aquí citadas».

Termino este paso por la Española o Hood hundiendo mis zapatos en la delicada playa de Punta Suárez próxima a un géiser que constituye un espectáculo como para cerrar este encuentro. La ola había encontrado su propio túnel en la roca por donde se elevaba con una fuerza violenta para caer como un colosal aguacero espumeante.

4. Semblanzas para cerrar el Viaje

Teresa Cevallos, mujer de buen talante y atractiva a sus 45 años. De trato amable y con la afabilidad propia de los ecuatorianos. Gracias a ella y por ser Relacionadora de la Casa de la Cultura del Guayas, obtuve el cupo para el viaje a las islas Galápagos, en un barco de turismo de servicio estatal. Pagué mi pasaje como si hubiera sido un ciudadano ecuatoriano; allí comprendí la hermandad de nuestros dos países. La señora Cevallos estuvo en todo momento atenta hasta que me dejó en el umbral de las Galápagos, recordando yo esa sentida frase: «Siéntate calmo en tu umbral, aldeano de más calma aldea».

Previamente me había presentado al capitán de la nave Bucanero, Jorge Game Castro y a dos funcionarios de la Estación Charles Darwin, centro de investigación y de cultura galapaguense que funciona en la isla Santa Cruz. Sobre ellos me he referido a través del relato y aquí sólo cumplo con darles nuevamente mis cordiales agradecimientos.

Jorge Solís Castro, escritor, me recibió en el aeropuerto de Guayaquil y desde ese instante fue mi guía, llevándome a la Casa de Cultura del Guayas, donde se realizaría el Congreso Continental de la Cultura Latinoamericana. Era invitado porque entre sus varias materias estaba el tema de las dictaduras y en especial la de Chile.

Mientras me llevaba a la sala del Congreso mi primera pregunta fue saber algo de la Isla del Muerto, mencionada varias veces por Melville. Su respuesta fue muy graciosa: «La isla del Muerto está aún viva». Con dicha contestación me di cuenta de quién era y cómo era mi amigo Solís. Había estado en Chile como alumno de la Escuela de Derecho de nuestra Universidad, aprovechando los intercambios culturales de ambos países. A veces sucedía que

chilenos volaban hacia Quito, Ecuador, expulsados de las distintas facultades por sus ideas políticas. Ambos países tienen acuerdos que datan de muchos años y en ellos se reconoce la validez de los títulos o grados que sus universidades otorgan. Después me conversó de la esquina de la corriente de Humboldt, sorprendiéndome con esa imagen. Luego me explica: «Aquí está Manabí y desde ese punto la corriente de Humboldt tuerce y hace una esquina hacia las Galápagos». La frase me la graficaba con el bastón que habíamos recogido de las orillas del Guayas, mientras el sol estaba oculto tras un cielo bajo y caliginoso entre los manglares de los afluentes del impresionante río.

Pedro E. Ribadeneira estaba alojado en la pieza contigua a la mía. Poeta más que novelista, me acompañó con sus cantos mientras se duchaba, durante todos los días del Congreso. Me obsequió un libro de Seymour Baltra sobre las historias de la isla Isabela, analizando las prisiones que no eran cárceles según las definiciones de unas y otras. Sin embargo, no tuve ningún libro suyo a la mano. Él era administrador de la Casa de la Cultura donde se realizaron los principales actos y reuniones del Congreso.

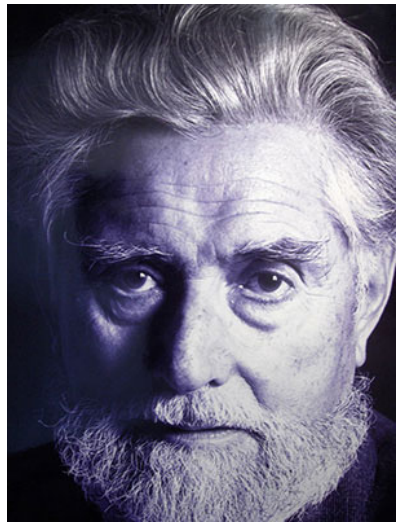
Santiago Ribadeneira, escritor y periodista, estuvo con su compañera M. Luisa, esbelta y joven dancista, en mi casa, de Santiago, muchos años antes que se realizara mi sueño a las islas del famoso archipiélago. Nuestra amistad era de larga data, no obstante la pareja era de dos jóvenes con gran pasión por apresurar los cambios que se requerían en nuestros países.

Eduardo Jaramillo, lo conocí en el Congreso y en pocos días consolidamos una amistad muy perdurable. A mi partida, en una comida de despedida que me ofrecieron los amigos ecuatorianos, me obsequió y dedicó un poema suyo, no publicado por esos días: «Las caballerías del atún». Sentí su afecto y aprecio por un colega que podía ser mi hijo.

Washington San Andrés, oficial administrativo del «Bucanero» fue mi fiel amigo a bordo, orientándome a menudo sobre los riesgos entre tantos embarques y desembarques. Sentí en él su respeto a mis años. Era, no me cabe ninguna duda, el más anciano de todo el pasaje.

He dejado al cierre de estas semblanzas, las de mis amigos Nena y Ginés Contreras, chilenos que se avecindaron en Guayaquil por

razones que los años de la dictadura impusieron. Compañeros de jornadas de artistas, intelectuales y de otras actividades en Santiago, nos encontramos con grandes esperanzas en el Congreso que era un grito a la libertad.



FRANCISCO COLOANE CÁRDENAS, escritor chileno, (Quemchi, Región de Los Lagos; 19 de julio de 1910 - Santiago, 5 de agosto de 2002).

Nació en Quemchi (Chiloé) el 19 de julio de 1910. Según cuenta en sus memorias, vino al mundo «en una casa construida sobre pilotes de madera alquitranados», agregando que su madre, «Humiliana Cárdenas Vera, campesina de Huite… me dio a luz a las cinco y media de la mañana… En esos días mi padre, Juan Agustín Coloane Muñoz, andaba navegando de capitán de barco de cabotaje». Su infancia transcurrió entre las dos islas del archipiélago de Chiloé y aprendió sus primeras palabras en una escuelita rural en la localidad de Huite hacia donde se desplazaba montado en un mampato negro llamado Huaso. La escuela estaba ubicada en una península arenosa que con la marea alta quedaba aislada, por lo que solo podía pasar junto a sus compañeros cuando la marea estaba baja. Más tarde, prosigue sus estudios secundarios en Ancud y Punta Arenas. En el colegio de los salesianos de esta ciudad conoce a Roque Esteban Scarpa, que más tarde sería un destacado intelectual chileno. Dos años después, en 1925, pasa al liceo fiscal donde acaba su enseñanza secundaria. En 1924, Coloane trabaja como escribiente en el gabinete de un abogado. En las memorias, el

escritor recuerda que Santiago Toro Lorca le «pagaba tres pesos cincuenta por cada carilla tamaño oficio que yo llenaba. No era mala paga. Con ese dinero pude comprar mis libros, y de hecho continuar mis estudios».

Coloane hizo su servicio militar voluntariamente siendo destinado a la sección montada de ametralladoras. Sin embargo, él evoca con singular afecto las clases que dio a conscriptos en su estadía en el regimiento. Dejado el uniforme, Coloane encuentra trabajo como ovejero y capataz de estancias de la Patagonia, entre estas la de «doña Sara Braun, poderosa estanciero de fama legendaria en la región».

A comienzos de la década del treinta, en el ir y venir desde el extremo sur hasta la capital, Coloane comienza su oficio como periodista de diarios y revistas. En sus interesantes memorias tituladas *Los pasos del hombre*, el escritor manifiesta que gracias a un «periodista de inolvidable generosidad» llamado José Bosch, pudo conocer al director del diario *Las Últimas Noticias* de Santiago de Chile, Byron Gigoux James, quien a instancias de aquel le dio un empleo como reportero policial en una ciudad que, según él confiesa, le pareció hostil.

En 1940 publica su primer relato, *Lobo de dos pelos* que luego se convierte en *Cabo de Hornos*, título que dará origen al volumen de cuentos que en 1941 obtendrá el Premio Cuarto Centenario de la ciudad de Santiago. El mismo año recibe otro galardón al ganar el concurso de la Editorial *Zig-Zag* con su novela *El último grumete de La Baquedano*. Coloane relata en sus memorias: «Pensé que podría escribir un relato novelesco basado en mis experiencias de aquel viaje de Punta Arenas a Valparaíso a bordo del
buque-escuela
Baquedano. En quince días escribí a mano, en dos cuadernos, mi pequeña novela». En 1945 publica *Golfo de penas* y al año siguiente, *Los conquistadores de la Antártica*.

A fines de 1946 es invitado por la Armada de Chile a participar en la primera expedición antártica. En 1956 es galardonado con el Premio Municipal de Literatura por su libro *Tierra del fuego*. Posteriormente se editan *El camino de la Ballena* (1962), *Rastros*

del guanaco blanco (1980), *Velero anclado* (1991), *Los pasos del hombre* (2000) y *Naufragios y rescates* (2002).

Francisco Coloane durante su larga vida se hizo acreedor de diferentes premios y distinciones por la calidad y originalidad de su obra centrada fundamentalmente en el extremo sur de Chile. Así, en 1964, obtuvo el Premio Nacional de Literatura, y en 1980 es designado Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. En 1996, el Gobierno de Francia lo nombró «Caballero de las Artes y las Letras» y la Universidad de Magallanes le dio el grado de Doctor *Honoris Causa*. En su vida participó en diversos congresos de escritores en varios países. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, italiano, ruso, holandés, alemán, polaco, griego, checo, sueco, noruego, turco y portugués.

Fallece en Santiago de Chile el 5 de agosto de 2002 a los 92 años. Sus restos fueron incinerados y posteriormente lanzados al mar de Quemchi, la Patagonia y Quintero.

OBRAS:

NOVELAS: *El último grumete de la Baquedano*, Zig-Zag, Santiago (1941); *Los Conquistadores de la Antártica*, Zig-Zag, Santiago (1945); *El Camino de la Ballena*, Zig-Zag, Santiago (1962); *El Guanaco Blanco*, Zig-Zag, Santiago (1980).

CUENTOS: *Cabo de Hornos*, Orbe, Santiago (1941). Contiene 14 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El «Flamenco»; El australiano; El páramo; Palo al medio; El último contrabando; El vellonero; «Cururo»; El suplicio de agua y luna; Perros, caballos, hombres; La venganza del mar; La gallina de los huevos de luz*.

Golfo de Penas, Cultura, Santiago (1945). Reeditado en 1995 Contiene 18 cuentos: *Golfo de Penas; Paso del Abismo; Madera Seca; Mar de travesías; Cazadores de Focas; Estelas del Caleuche; Noche en la isla negra; Pascua Salvaje; El amigo Pat; Galope de Esqueletos; Un tablón entarugado; Don Oscar y el fantasma; Proceso al Trauco; El Sabelotodo; Pedro Soldado; Teresa Tekenika; De la región Antártica famosa; Balleneros de Quintay*.

Tierra del Fuego, Editorial del Pacífico, Santiago (1956). Contiene 9 cuentos: *Tierra del Fuego; En el caballo de la aurora; De cómo murió el chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del Faro*.

Antártico, Editorial Alfaguara, Santiago (2008). Edición Póstuma, Contiene 15 cuentos: *La campana navegante; En un caballo llamado Patria; El lobo de Cabo Domingo; El cormorán; Alfaguara; Un veterano del cabo de Hornos; El fantasma del elefante marino; Tripulantes del Caleuche; El inglés de Lockroy; Albatros errantes; La loca de Rolecha; El lamparero alucinado; El perro de a bordo; Regreso a esa Patagonia; Realidad y embrujo de las islas Chauquis*.

Cuentos Escogidos, Editorial Alfaguara, Santiago (2020). Recopilación, Contiene 25 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El Flamenco; El Australiano; El Vellonero; La venganza del Mar; La gallina de los huevos de luz; Golfo de Penas; Paso del abismo; Madera seca; Cazadores de focas; Don Oscar y el fantasma; Pedro soldado; Balleneros de Quintay; Tierra del Fuego; De cómo murió el Chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del faro; El inglés de Lockroy; Galope en la Patagonia*.

TEATRO: *La Tierra del Fuego se apaga*, Cultura, Santiago (1945).

CRÓNICAS: *Viaje al Este* (1958); *Crónicas de la India*, Nascimento, Santiago (1983); *Velero anclado* (1995); *Papeles recortados* (escritos sobre su vida en China) LOM (2004), con prólogo de Armando Uribe; *Galápagos*, Navegación e Ideas, (2010)

MEMORIAS: *Los pasos del hombre*, Mondadori, Barcelona (2000); *Última carta*, Editorial Universidad de Santiago, (2005).